

Nuevas voces.-Número 1.-

Tertulia abierta situación actual de la
narrativa en español
en el mundo

30 septiembre de 2025



Imagen de portada: Juarez Machado

Equipo editorial: María José Luque Fernández y Feliciano González

La lengua viva, el pulso múltiple

En un tiempo donde la velocidad de los algoritmos amenaza con uniformar nuestras lecturas, Nuevas Voces se propone como una grieta: un espacio para detenerse, mirar de cerca y escuchar con atención las resonancias diversas de la narrativa hispanoamericana actual.

Este primer número no es una declaración de autoridad, sino un gesto de apertura. No llegamos con respuestas, sino con preguntas: ¿Qué se está contando hoy desde los márgenes y desde los centros? ¿Qué formas adopta la escritura en español cuando cruza lenguas, géneros y geografías? ¿Qué voces emergen en un panorama que a menudo privilegia lo establecido?

La narrativa hispanoamericana (en la que queremos incluir toda la literatura escrita en español) vive un momento de efervescencia. Autoras y autores jóvenes rompen con los moldes heredados, recuperan lenguas indígenas, experimentan con estructuras, denuncian la violencia o se sumergen en lo íntimo, lo fantástico, lo distópico. Las editoriales independientes multiplican los caminos, mientras que los grandes sellos miran cada vez más hacia el sur en busca de lo nuevo. Pero esa novedad no siempre se reconoce o circula con justicia. Por eso nace este fanzine: para amplificar lo que no siempre se escucha, para acompañar procesos y no solo celebrar resultados.

Nuevas Voces quiere ser puente y bitácora. Aquí convivirán cuentos, ensayos, entrevistas, teatro, fragmentos, recomendaciones y provocaciones. Sabemos que no somos exhaustivos, ni pretendemos serlo. Más bien, creemos en la fuerza de lo inacabado, de lo que comienza.

En este primer número, les invitamos a recorrer textos que dialogan desde los más diversos rincones, desde la memoria hasta la invención radical, pasando por el cuerpo, la ciudad y la imaginación política.

Que esta publicación sirva como punto de partida. Que cada voz que aquí se despliegue encuentre eco y cruce fronteras. Que leer sea, como siempre, una forma de resistencia y deseo.

El equipo editorial de Nuevas Voces

Índice.-

- 1.- La magia de la palabra.- Feliciano González.- **pág. 1.-**
- 2.- Narrar desde cualquier lugar.- María José Luque Fernández.- **pág. 3.-**
- 3.- Voz en alto.- Entrevista al escritor David Aliaga.- **pág. 5.-**
- 4.- Voces actuales.- Leticia Sierra y Vicente Luis Mora.- **pág. 15.-**
- 5.- Escritores invitados a escribir.- Jessica Mariel Sánchez.- **pág. 16.-**
- 6.- Portadilla realizada por Feliciano F. González "Nocturno".- **Pág. 18.-**
- 7.- Experimental fusión.- María José Luque y Feliciano González.- **pág. 19.-**
- 8.- Portadilla realizada por Feliciano F. González "Páramo".- **Pág. 22.-**
- 9.- Letras con memoria.- Federico García Lorca. y María Lebrijana.- **pág. 23-**
- 10.- Ecos de voces.- Octavio Paz e Isabel Allende.- **pág.29.-**
- 11.- Textos del concurso de narrativa "Nuevas Voces" .- **pág. 30-90.-**
- 12.- Agradecimientos.- **pág. 91.-**

Ilustración portada realizada por Juárez Machado

Dibujos portadillas realizados por Feliciano F. González "Nocturno" y "Páramo"

Dibujo contraportada Fanzine "CliK-Clack" de María José Luque Fernández



Feliciano F. González

La magia de la palabra

Se dice que la poesía es anterior a la palabra, que comienza y acaba antes y después de su plasmación en la obra poética, muere para ser expresión de ese antes que está en nosotros. El escritor trabaja en provocar sentimientos, en crear espacios de verosimilitud (García Montero), y la palabra es su instrumento. Lejos de fotografiar la realidad en sus polícromos detalles, el escritor lanza una invitación a imaginar lo no expresado, a deambular por los espacios creados; es la magia de la mediación entre el mundo tangible y la ficción. Cuando leemos, nos exploramos a nosotros mismos; recogemos el guante de la provocación poética que el escritor nos arroja.

La palabra es veloz, nace y se transmite sin reposo y, sobre todo se transforma constantemente innovando el lenguaje. A su vez, la vida empuja a la palabra sin descanso hacia voces novedosas que reemplazan las anteriores, generando en el tiempo la evolución de la tradición: sumando, no destruyendo. La literatura en sus diversas manifestaciones es vitalidad transformadora, exigente e impaciente e imprescindible.

Nos hemos formulado preguntas (¿cuál sino ésa es la labor del escritor?) y, no viéndonos capaces de retroalimentarlos con respuestas razonables, hemos dado en poner en marcha un ingenio que nos acerque a ellas. Así ha surgido Nuevas voces, un espacio, ámbito o círculo, como se prefiera, en que verter inquietudes y cosechar creaciones.

Nuevas voces pretende ser el lugar común donde se den cita tanto escritores de recorrido extenso tras de sí como noveles en el trayecto, voces todas nuevas porque son voces creadoras, para expresar cada experiencia literaria a través de sus palabras y sus obras. Hemos sentido la necesidad de crear una plataforma desde la que lanzar nuestro llamamiento literario y ofrecer un marco donde darse a conocer y colaborar. Aspiramos a dar voz a quienes laboran con nuestro lenguaje común.

La palabra en lengua española habita una geografía ancha y compleja. Las sociedades que hacen de esta lengua su vehículo de existencia son de una diversidad radical, hasta el punto de hacer de la delimitación nacional de cada país una marca insuficiente. La distancia no puede ser la excusa para no cruzar cuantos puentes nos distancien y reunir a los escritores de esta riquísima realidad literaria alrededor de una misma plaza. Esa es la ambición de Nuevas voces.

Traemos aquí unas palabras de Ricardo Courtoisie para justificarnos en este sueño de abrir de par en par un lugar para la literatura, una «plaza donde transitan, donde van y vienen los vientos del sentido. El lugar se abre en el lenguaje. Es una parte del lenguaje. El lugar se abre en las palabras». Recibid nuestro llamamiento y nuestra impaciencia por construir juntos este espacio común.



María José Luque Fernández

Narrar desde cualquier lugar: historias que arden, voces que viajan

¿Quién escribe hoy en español? ¿Por qué se escribe? ¿Desde dónde y para quién? Podríamos responder con datos, nombres, cifras... pero eso sería traicionar el corazón de esta historia. Porque la narrativa hispanoamericana actual no nace de los rankings, ni de los premios, ni de las modas. Nace —más que nunca— de la piel, del estómago, de las cicatrices y de las ganas de no callarse nada.

Sí, escribir sigue siendo una forma de salvarse. De ordenar el caos o de habitarlo con dignidad. En estos años raros, con crisis encima de crisis, lo que está pasando con la literatura escrita en español, es una revolución callada, pero poderosa. No hay un solo estilo, ni una sola bandera. Hay rabia, hay ternura, hay miedo, hay deseo. Hay juventud escribiendo desde habitaciones compartidas, desde ciudades grises, desde pueblos olvidados, desde el exilio. Y también hay generaciones más grandes que, lejos de apagar la voz, la están usando más fuerte que nunca.

¿Por qué se escribe? Porque duele. Porque late. Porque transforma.

Muchas de las historias que hoy se publican nacen de lo cotidiano: una abuela que se va apagando, una madre que desaparece, un barrio que cambia, un cuerpo que resiste. Pero también hay ciencia ficción, terror, humor ácido, mundos futuros y distorsionados. No es escapismo: es estrategia. Escribir desde la imaginación también es luchar contra lo que nos asfixia.

Hay quienes escriben para hablar de la violencia —la real, la sistémica, la de siempre—, pero también para reivindicar el placer, el juego, lo queer, lo no normativo. La narrativa actual se mueve en los márgenes porque ahí es donde la vida está hirviendo.

¿Quiénes están escribiendo? Todos. O casi.

Hay chicas de 19 años publicando su primer libro. Hay autores trans que están reescribiendo la lengua desde su experiencia vital. Hay mujeres que empezaron a

escribir a los 50 porque ya no quieren pedir permiso. Hay adolescentes en TikTok leyendo cuentos de Mariana Enríquez o Fernanda Melchor y diciendo: *"yo también quiero escribir así, yo también quiero decir esto."*

Y lo están haciendo. A veces en fanzines, otras en blogs, otras en editoriales independientes que apuestan por voces raras, incómodas, sinceras. La narrativa se está volviendo cada vez más horizontal: menos academia, más calle. Menos solemnidad, más piel.

¿Y los referentes? De todo. Y por suerte.

Claro que Borges y García Márquez, entre otros muchos, siguen ahí. Pero ya no son los únicos faros. Hoy se cita a Sara Gallardo, a Pedro Lemebel, a Cristina Rivera Garza, a Gabriela Cabezón Cámara. También se mezcla todo: Clarice Lispector con series de Netflix, Roberto Bolaño con trap argentino, el realismo mágico con el horror ecológico.

Lo bueno es que ya no hay vergüenza de decir: *me marcó este libro, pero también esta canción, esta serie, esta conversación con mi tía.* Todo entra en la mochila creativa. Todo se recicla. Todo se contamina, y eso es hermoso.

¿Dónde se lee? ¿Quién escucha?

Las editoriales internacionales están mirando, sí. A veces con amor genuino, a veces queriendo moldear lo que no entienden. Pero lo cierto es que muchas voces latinoamericanas están siendo traducidas, leídas, celebradas. Aunque todavía hay mucho por equilibrar —porque no todas las voces llegan con las mismas condiciones—, hay un pulso nuevo que se está abriendo camino.

Y lo más importante: hay lectores. Gente joven que busca algo que le hable de verdad. Que ya no quiere héroes planos ni novelas vacías. Que quiere narrativas que le atraviesen el pecho. Qué necesita saber que su historia también importa.

Entonces, ¿qué es la narrativa en español hoy?

Es un cuerpo colectivo que escribe con los dientes apretados y el corazón abierto. Es una generación (o varias) que entiende que narrar también es hacer memoria, hacer futuro, hacer comunidad.

La narrativa hispanoamericana hoy no es una tendencia, es una necesidad, una resistencia donde cabemos todos los que queremos contar, escuchar, imaginar otro mundo posible.

Y lo estamos haciendo. Página a página. Voz por voz.



David Aliaga

Voz en alto.- David Aliaga: el escritor que convierte la identidad en historia

Hablar de **David Aliaga** es hablar de alguien que escribe con el corazón puesto en la memoria, en los orígenes, en eso que nos hace ser quienes somos. No es solo escritor ni solo editor. Cuando se consigue tratar con sensibilidad algo tan delicado como la identidad en palabras honestas aunque a veces suenen con rotundidad, es un gran logro.

Hay una revista literaria británica "Granta" conocida por su "descubrir talentos" que menciona a David como uno de los 25 mejores escritores jóvenes en idioma español en estos últimos años, reconociendo tiempo de mucho trabajo en el que hay una manera muy personal de asomarse a contemplar el mundo.

David estudió Periodismo en la Universitat Autònoma de Barcelona y más tarde completó un máster en Humanidades. Pero más allá de los títulos, hay una curiosidad profunda por lo humano, por cómo se forma —y deforma— la identidad, tanto en la literatura como en el cómic, un lenguaje que él ha sabido leer con la misma seriedad que emoción.

Sus textos aparecen con frecuencia en revistas culturales como Quimera o Cuadernos Hispanoamericanos, y también en Sala de Peligro, un espacio dedicado al noveno arte. Incluso ha colaborado con Marvel Cómics en España, aportando una mirada que cruza lo literario con lo visual, lo académico con lo pop, como si todo pudiera (y debiera) convivir.

Como narrador, David ha sabido crear un universo muy suyo. Libros como "Y no me llamaré más Jacob" o "El año nuevo de los árboles" no solo han conmovido a lectores en España, sino también en otros rincones del mundo, gracias a sus traducciones al inglés, italiano o islandés. Sus relatos no buscan respuestas fáciles: plantean preguntas que

resuenan y que muchas veces incomodan, porque tocan temas como la memoria judía, la herencia familiar, la ruptura con el pasado. Pero David no se ha quedado en el papel. En 2018, codirigió Séfer, el festival del libro judío de Barcelona, un evento que unió su identidad cultural con su vocación literaria. Fue una forma de llevar sus inquietudes más allá de los libros y crear un espacio para compartir historias con otros.

Su trayectoria ha sido reconocida en distintas ocasiones, como cuando fue elegido para 10 de 30, el programa que busca dar visibilidad internacional a jóvenes autores españoles. O cuando el Ayuntamiento de Barcelona le concedió la Beca Montserrat Roig, una distinción que acompaña a escritores comprometidos con su ciudad y su tiempo.

Ahora, con "La lengua herida" (Candaya, 2025), David vuelve con una novela que promete ser tan profunda como cercana, tan política como íntima. Porque en el fondo, él escribe para eso: para poner palabras a lo que muchos sentimos y pocos sabemos decir.

David Aliaga no busca brillar. Prefiere conmover. Y tal vez por eso, su voz ya forma parte de lo más valioso de la literatura contemporánea.

David tuvo a bien concedernos una entrevista que os dejamos a continuación:

Feliciano González .- 1.- La lengua herida es un viaje en busca de las raíces. Vivimos en un mundo donde levantar fronteras llega a no verse como parte de la normalidad, ¿cómo reflejas esa actualidad en tu novela?

David Aliaga.- A mi modo de ver, sucede justo lo contrario. Vivimos una época atravesada por fuerzas y discursos que buscan establecer fronteras en todas partes. Y no me refiero tanto a fronteras territoriales, como identitarias. Nos rodean actores políticos que están ejerciendo presión para que construyamos un relato sobre el "yo" cada vez más limitado y estático, porque eso contribuye a establecer distinciones entre quién soy yo y quiénes son los míos, y quién es el otro, el distinto, aquel por cuyo bienestar no debería sentirme preocupado... La lengua herida es, de alguna forma, un ejercicio de resistencia ante eso, a participar de eso. La construcción del protagonista y el conflicto central de la novela plantean justamente que la identidad es una tensión, que es algo cambiante, que nos sugiere interrogantes todo el tiempo, que no tiene contornos claros.

María José Luque.- 2.- "La identidad es una novela escrita con varias voces. Algunas se entienden entre ellas. Otras se empujan, pero todas cuentan" Háblame sobre ella.

David Aliaga. - Como yo la entiendo, la identidad es un discurso que vamos construyendo para explicarnos a nosotros mismos y a los demás nuestra presencia en el mundo. Y ese discurso es plural, a veces contradictorio, porque como sugieres, intervienen en él voces diversas. En esa construcción que llamamos "yo" resuenan los ecos de nuestros padres, de nuestros abuelos, de los amigos de infancia, de nuestras parejas... Nos construimos también en relación con los demás, y ese es parte del conflicto identitario que aborda P. Coen en *La lengua herida*: tiene que gestionar la ausencia de un padre del que ni siquiera sabemos el nombre, el peso de la herencia judía que recibe por parte de la familia materna, se está resituando en el mundo tras divorciarse de la madre de su hija. ¿Qué significa todo eso para él? ¿De qué manera impacta en quién es?

Feliciano González. - *3.- Eres reconocido como investigador del hecho identitario en las sociedades, ¿cómo aparece este tema en tu obra?*

David Aliaga. - No tengo muy claro que pueda considerárseme un investigador del hecho identitario en las sociedades. Sí es cierto que la construcción de la identidad es uno de los temas que he abordado de forma recurrente a través de la ficción literaria y de algunos artículos que he escrito sobre la ficción de otros autores que me interesa cómo abordan esta cuestión, pero no sé si me llamaría investigador. Si acaso un curioso, que indaga en el concepto, que juega con él y lo explora a través de la ficción. Como en *La lengua herida*. Antes os contaba a ambos que la construcción de la identidad como tensión es el principal conflicto que atraviesa a P. Coen en esta novela, precisamente. Y en la identidad de P. Coen tiene un peso muy relevante lo judío. Es un personaje que se pregunta todo el tiempo qué significa ser judío y va esbozando algunas respuestas, que nunca están completas del todo, cerradas del todo. Esa imposibilidad de obtener una respuesta quieta, inoxidable, sin fisuras a la pregunta sobre el hecho identitario, sobre el hecho identitario judío, es lo que me anima a indagarla literariamente.

María José Luque. - *4.- Hay en tus textos mucha memoria, pero también mucha piel, mucha mirada al otro. En tus obras, lo judío y lo mestizo no son etiquetas, sino lugares de narración. ¿Cómo se cuenta una identidad que muchas veces el mundo quiere que borres?*

David Aliaga. - Esa cuestión emerge de forma explícita en *La lengua herida*, sobre todo, cuando el protagonista piensa en cómo su abuelo le legó el judaísmo y cómo él va a negárselo a su hija. En cierto momento P. Coen dice algo así como que "ser judío es sobre todo una tensión con el lenguaje". ¿Por qué? Porque cuando como pueblo alguien trata de ejercer la violencia sobre ti, sobre tu comunidad, el silencio es una forma de protegerse.

Callar lo que uno es, tapar esa identidad que te pone en riesgo, puede salvarte la vida. Por ejemplo, en la Alemania azotada por el nazismo había matrimonios judíos que entregaban a sus hijos a familias cristianas para que adoptasen esa nueva identidad y se salvaran gracias a la ocultación de sus raíces. Pero ese silencio, esa ocultación, llevan consigo el riesgo de desaparición. Se da la paradoja de que la supervivencia puede exigir al mismo tiempo callar y hablar, porque si no hay una transmisión del legado, esa parte compartida de la identidad termina por desaparecer. A P. Coen en ciertos momentos le da un miedo terrible que transmitirle a su hija la condición de judía la vaya a poner en riesgo, porque la historia es atrozmente rica en antisemitismo, pero al mismo tiempo entiende que debe, o que quiere, hacerla depositaria de ello, por motivos sentimentales, porque cree que es una buena forma de estar en el mundo, incluso en algún momento porque siente que es su deber religioso... los motivos y la intensidad de esos motivos van variando a medida que evoluciona el personaje.

Feliciano González.- 5.- Hay quien ha mencionado a Hemingway como inspirador de tu estilo narrativo ¿qué te parece?

David Aliaga.- Eso es algo que mencionaron un par de críticos cuando se publicó *Inercia gris*, mi primer libro. Y es cierto que cuando comencé a escribir era un joven lector que jugaba a imitar a Raymond Carver, Richard Ford, Gonzalo Calcedo... y quizá también un poco a Hemingway, aunque nunca ha sido uno de mis favoritos. Si doce o trece años después de aquellos primeros cuentos tuviese que explicar hacia dónde ha evolucionado mi estilo narrativo a partir de las lecturas que lo han inspirado no creo que citase esos nombres. Ya sabéis que la cuestión de las influencias es compleja. Pero, bueno, por supuesto que identifico en *La lengua herida* cómo algunas lecturas emergen en mi propia escritura: sin duda aprecio el efecto que la obra de Patrick Modiano ha tenido sobre la mía propia, veo también como esta es una novela en la que aparece estilísticamente mi fascinación por el Javier Marías de los noventa, el que escribió *Corazón tan blanco* y *Mañana en la batalla piensa en mí*. Es una novela que terminé en una época de absoluta obsesión por ciertos textos de Kafka, como *El castillo* o el cuento "El cazador Gracchus", y yo diría que eso también se nota. El texto es un estar en diálogo con Kafka, con Derrida, con Lévinas, con Celan, con Ozick, con Villoro...

María José Luque.- 6.- ¿Hay algún tema que no te atreves a tocar aún? ¿Uno que te ronde como un gato callejero y no se deje agarrar?

David Aliaga.- No, yo diría que no hay ningún tema que no me atreva a tocar. Hay, en todo caso, temas que me interesan más y otros que no tanto, y siempre trato de escribir sobre lo que de veras me hace sentir preocupado.

Feliciano González.- 7.- Tú eres también editor. No podemos dejar pasar la entrevista sin preguntarte tu opinión sobre el mundo editorial actual, especialmente en lengua española.

David Aliaga.- Tenemos cierta tendencia a quejarnos, y la tentación inmediata cuando me preguntan por el sector es la de señalar aquellas cosas que creo que no funcionan bien y que deberíamos trabajar para mejorar. Por ejemplo, esa dinámica de mercado que hace que muchísimas novedades casi ni pasen por la librería, o que estén una semanita expuestas y ya de vuelta al almacén. O la cada vez mayor falta de filtros respecto a lo que se publica. Pero son cuestiones que a mí se me escapan, que no sé cómo se pueden solucionar. Soy una persona con muy poca mentalidad comercial, de negocio... Soy un animal lector, así que a medida que he podido, he ido convirtiéndome en un editor que solo se ocupa de leer, de trabajar los textos, de conversar con los autores. Y desde esa perspectiva, yo creo que vivimos un momento estupendo. Claro que se publican una gran cantidad de libros prescindibles, claro que hay dinámicas del sector que hacen que sea más complicado llegar a los libros más interesantes, pero se editan también muchísimas obras maravillosas que buscan hacer avanzar la literatura, que cuestionan, que provocan, que agrietan ideas, que provocan un temblor, que amplían los márgenes. Y yo he decidido refugiarme en eso. Más allá de los autores que suelen citarse, de los que están más consolidados, por así decir, pienso en Lola Nieto o en Vicente Luis Mora, en Aniela Rodríguez, Camila Fabbri, Juan Vico, Eduardo Ruiz Sosa, Alejandro Morellón, Dainerys Machado Vento, Mateo García Elizondo... ¿Cómo no va a ser un buen momento para ser lector en lengua española si podemos asistir a la construcción de la obra de autores como estos?

María José Luque.- 8.- Tu narrativa siempre huele a mezcla, a frontera, a memoria y a cuerpo. Si tus libros fueran una "playlist", ¿qué canciones no podrían faltar?

David Aliaga.- ¡Qué difícil de responder! Sería una playlist tremendamente ecléctica, eso seguro. Para comunicar musicalmente mi primer libro, del que antes comentaba que estaba inspirado por el realismo sucio norteamericano, supongo que escogería algo de Bruce Springsteen o Bob Dylan, que durante aquellos años de la universidad escuchaba a todas horas. Luego publiqué Hielo, que tiene que ver con mi interés por el black metal. Recuerdo que escribí un capítulo en el que uno de los personajes, un adolescente, está ensayando con su banda y describo una melodía que está inspirada en "Freezing Moon" de Mayhem, así que esa tendría que estar en la lista. Y no me llamaré más Jacob (2016) y El año nuevo de los árboles (2018) son dos libros de relatos que suenan muy parecido,

que escribí en un periodo de tiempo bastante corto, y casi sin interrupción entre uno y otro. Por ahí habría que sumarle a la playlist algunas canciones de jazz que juegan con la música tradicional sefardí o los sonidos de Oriente Medio. Por mencionar un par, me quedaría con "Mamaja" de Adam ben Ezra y el "D'ror Yikra" de Avishai Cohen. En el texto de La lengua herida (2025) mencionó "Space Oddity" de David Bowie y algunas canciones de Chalino Sánchez, aunque lo que más escuché mientras escribía la novela era metal progresivo, bandas que tratan de construir un sonido peculiar, de explorar, que es lo que yo estaba tratando de hacer. Así que añadamos a la lista "A Horse Called Golgotha" de Baroness, "Sorceress" de Opeth, "Fjara" de Solstáfir, "Reflection" de Tool... Y cerraría con algo de Manolo García o El último de la fila. Los he escuchado desde pequeño, en casa, era música que solía oír yendo en coche con mis padres y forma parte también de mi educación como escritor.

Feliciano González.- 9.- ¿Algún consejo para los jóvenes escritores que intentan abrirse paso?: Sabemos que también trabajas como editor y gestor cultural. ¿Qué cosas aprendiste de leer tanto a otros que te hicieron escribir diferente?

David Aliaga.- Los dos mejores consejos que puedo ofrecerles a un joven escritor se los he escuchado a otros colegas. Hace unos años fui con el ilustrador Marcos Martín a charlar con un grupo de alumnos de bachillerato y les dijo algo que me pareció tremendamente certero: les dijo que si de verdad querían ser dibujantes de cómic, pintores, escritores... debían tratar de centrarse en eso y no distraerse con opciones más fáciles, rápidas o tentadoras. Marcos les explicaba que él llegó a ser —y los calificativos los pongo yo— uno de los mejores dibujantes de cómic de las últimas décadas no porque fuese el más talentoso de su generación, ni el que tenía mejores ideas, sino porque estaba enfocado en dibujar, en crecer como artista, y no desfallecía ni siquiera cuando las circunstancias eran de lo más adversas. Cuando alguno de sus colegas aceptó un trabajo mejor pagado en una agencia de publicidad, por ejemplo, él siguió dibujando viñeta tras viñeta, página tras página. Dedicación, compromiso con uno mismo, con su escritura y con la literatura, ese me parece un buen consejo. El otro se lo leí en alguna parte a Roberto Bolaño, y la escritora chilena Nona Fernández me hizo pensar en ello hace unos días: si puedes hacer otra cosa, si sientes que no te va la vida en ello, no escribas. Uno debería escribir porque no sabe estar en el mundo de otra forma, porque no puede no hacerlo. Y añadiría, aunque sea una obviedad, que lea. Que lo lea todo. Un escritor, a mi modo de ver, tiene que ser primero un lector voraz, nutrirse de la tradición.

María José Luque.- 10.-Tus textos tienen ese punto de fotografía antigua revelada con técnicas nuevas. ¿Cómo decides desde dónde contar? ¿Desde el "yo" más personal o desde la ficción más distorsionada?

David Aliaga.- Me ha gustado mucho esa forma tan plástica de describir mis textos, gracias. En cuanto a lo que me preguntáis, yo creo que no puede narrarse desde un lugar que no sea el "yo", desde la subjetividad y la experiencia propia del mundo, incluso cuando tratamos de tomar prestada la mirada de otro. Otra cosa es que luego uno lo vista con más o menos capas de imaginación, o que opte por eso que ha venido a llamarse autoficción.

Feliciano González. 11.- ¿Algo que ningún periodista te haya preguntado... y que te mueras por responder?

David Aliaga.- No sabría decirlo, la verdad. Llevo ya unos cuantos años respondiendo preguntas de periodistas y me han formulado mil veces las más tópicas, también algunas sorprendentes e imprevistas. En todo caso, las preguntas que me muero por responder, o no sé si diría responder, pero sí por forcejear con ellas, por explorarlas, si no me las formula nadie, ya me las planteo yo y escribo mis libros a partir de ellas.

María José Luque.- 12.- ¿Hay alguna palabra que evitas como la peste cuando escribes? ¿Y cuál te gustaría rescatar del olvido como si fuera un vinilo de culto?

David Aliaga.- Intento evitar en la medida de lo posible las palabras comodín. Y también soy poco amante de los eufemismos, más bien me dan urticaria, salvo cuando se usan de manera irónica. En el sentido contrario, me gusta a veces emplear palabras que no son de uso muy común pero que designan de forma muy específica realidades concretas, o jugar con la resignificación de términos por el contexto en el que los ubicas, apelando a su etimología o...

Feliciano González.- 13.- ¿Si pudieras dejarle una carta a tu yo escritor de hace diez años. ¿Qué le dirías?

David Aliaga.- Aquel chico dio los pasos que le tocaban para que hoy esté aquí y creo que sería injusto quejarme del lugar en el que me encuentro, la verdad. Yo diría que lo hizo razonablemente bien: se esforzó, trató de ser honesto con el esfuerzo y el compromiso con la literatura, persistió cuando las circunstancias no acompañaban, no rindió su pasión por la literatura a la frustración... Es cierto que, en ocasiones, cuando

he tenido que releer algunos de mis primeros textos para participar en algún encuentro con los lectores me ha dado cierto pudor asomarme a ellos, le he visto las costuras al escritor que era y me he sentido tentado de pensar que tal vez no debería haber comenzado a publicar tan temprano. Y tal vez sí, tal vez hubiese sido buena idea esperar un poco, madurar un poco. Pero, de nuevo, si hubiese hecho las cosas de otra forma tal vez hoy sería todo distinto, no sé si mejor. Y, en cualquier caso, estoy feliz. La literatura me ha dado muchísimo más de lo que era razonable esperar que me diese —entre otras cosas, porque tampoco nunca esperé nada más que la satisfacción de leer y escribir—, me ha permitido tener una vida de lo más interesante, llena de estímulos, de aprendizaje, de complicidades... Así que quizá lo que corresponde sería darle las gracias por haber hecho su parte.

María José Luque.- 14.- Hay una idea tuya que me encanta: la ficción como refugio, pero también como territorio político. ¿Qué te parece más subversivo hoy en día: inventar o recordar?

David Aliaga.- Ambas cosas lo son, no sé cuál lo será más. Inventar implica construir, mirar hacia adelante... y esa es una manera de desafiar al poder, a veces. Pero quizá me inclinaría por recordar, porque detecto en la actualidad notables esfuerzos para incentivar la desmemoria o la memoria deformada. De pronto uno se asoma a la prensa o a las redes sociales y ve a tipos afirmar que el pueblo español debería sentir gratitud por el franquismo, o suavizar muy sibilinamente todos los crímenes que cometió la dictadura, asegurar que las cosas fueron distintas a como fueron. Recordar es una forma de presentarles batalla a todos esos que buscan hacer retroceder ochenta o noventa años los derechos de la ciudadanía.

Feliciano González.- 15.- Si estuvieras atrapado en una novela tuya por 48 horas. ¿Qué personaje te gustaría que te hiciera de guía?

David Aliaga.- Pues tal vez Gyða, un personaje secundario de Hielo, que acompañaba de forma discreta y respetuosa al protagonista de la novela en el camino hacia las respuestas que estaba buscando. O el nonno Bepo, de La lengua herida, que resulta una figura tutelar para el protagonista incluso cuando ya no está, cuando es un recuerdo. Cualquiera de ellos dos sería un buen guía, creo.

María José Luque.- 16.- Como lector ¿cuándo fue la última vez que una historia te quitó el sueño?

David Aliaga. - El último libro que me ha fascinado realmente es Abades, de Pierre Michon. Lo leí en una tarde pero luego estuve semanas regresando al texto, a lo que había subrayado, dándole vueltas..., me volvían algunos pasajes, algunas frases mientras estaba haciendo otras cosas. Desde luego, cuando intentaba dormir. También el descubrimiento de la poesía de Frank Stanford me ha desvelado, en el mejor sentido de la palabra, en el de mantenerte despierto. Algunos poemas de Habla terreña los he leído decenas de veces en los últimos meses, y estoy escribiendo un cuento que, al menos un poco, parte de unos versos suyos: "encontré a la muerte y al amor / colgados como perros en mi huerto".

Feliciano González.-18.- ¿Qué autores actuales de narrativa en español nos recomendarías?

David Aliaga. - En una respuesta anterior os he mencionado ya algunos que me parecen especialmente interesantes: Lola Nieto, Vicente Luis Mora, Aniela Rodríguez, Camila Fabbri, Juan Vico, Eduardo Ruiz Sosa, Alejandro Morellón, Dainerys Machado Vento, Mateo García Elizondo...[DA1]

Te dejamos para que contestes a modo rápido:

1. -Un libro que releerías cada verano: Desgracia de John Maxwell Coetzee.

2. -Una palabra que amas: "Amor", "respeto", "responsabilidad", "libertad"...

3. -Una que borrarías del diccionario: Nunca borraría una palabra de un diccionario, si existe, si la hemos creado, es que la necesitamos para nombrar algo. En todo caso, si borrarla significase también borrarla del mundo, entonces iría con algunas como "violencia", "discriminación", "fascismo"...

4. -Una película que te dio ganas de escribir: Me temo que no soy muy cinéfilo, pero tal vez la última película que me conmovió y me dejó pensando fue Historia de un matrimonio de Noah Baumbach.

5. - Lo más raro que te han dicho sobre tu obra: No tengo en la memoria nada que me haya sonado singularmente raro. Seguro que alguna cosa hay, pero no me viene ahora a la cabeza.

*** Y para terminar, te pedimos que completes la frase: "Escribo porque.."**

"porque no puedo no escribir, porque forma parte de mi manera de estar en el mundo"

No podemos sino agradecer a David Aliaga el tiempo que le hemos robado con esta entrevista. ¡Enhorabuena! y esperamos tu próximo libro.



Leticia Sierra

Escritora asturiana que estudio periodismo y trabajó en medios de comunicación

Especializada en Novela negra


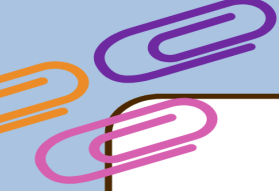
La violencia contra las mujeres, la corrupción institucional y los mecanismos de poder y silencio.

Animal en 2021

Maldad en 2022

Lo que la marea esconde 2023

La señora March 2024



Vicente Luis Mora Suárez-Varela

Escritor, poeta, ensayista y crítico literario.

Ha sido galardonado con diversos premios como el Torrente Ballester

Mester de Cibervía

Tiempo

Circular

Subterranos...





Jessica Mariel Sánchez

Escritores invitados a escribir

Hola, mi nombre es **Jessica Mariel Sánchez Maldonado**, tengo 28 años, soy mexicana.

Después de años vagando, creyendo buscar un destino, comprendí que siempre había estado escribiendo. Durante más de una década, las palabras fueron mías, secretas, íntimas, apenas un eco de mi verdad. Ahora, al fin, me atrevo a nombrarme escritora. Confío en el tiempo, en su manera de tejer lo inevitable, porque escribir no es solo un acto; es el pulso que sostiene mi vida.

Actualmente tengo un poemario digital disponible con la editorial Afterwords, "En mi jardín mientras florezco" y dos poemarios autopublicados en Amazon, "Libre hasta encontrarme" y "Mirar hacia adentro". Finalmente, trabajo en mi primera novela que espero publicar el próximo año.

Entre piedras y plumas

Hablaré a grandes rasgos de un aspecto que, últimamente, me tiene tambaleando. Uno que he intentado rechazar en pensamiento para seguir fiel a mis nuevos propósitos. Cabe mencionar que soy una chica nacida en 1996. Esto, aunque no lo parezca, importa más de lo que puedes imaginar. Ya lo verás.

Hace algunos años, tenía sueños de una magnitud espeluznante. Con el tiempo —como a muchas nos sucede— esos sueños comenzaron a enterrarse, poco a poco. Hoy quiero hablarte del que intento rescatar con todas mis fuerzas: convertirme en escritora. O mejor dicho, en una autora publicada.

La cuestión es que no estudié literatura. Tengo dos carreras que ni siquiera me interesan, pero ese es otro tema. No iba a hablar de mí... hasta esta línea. Lo cierto es

que, una vez que rompes la barrera del miedo, aceptas tu destino y luchas con todo hasta el final.

Pero entonces llega la primera piedra:

"La escritura no es un trabajo, a menos que seas una autora publicada. Porque si no, ¿cómo ganas dinero?"

Si escribes, probablemente alguna vez esto también te crujió en la cabeza. Y sí, duele. Es una piedra que se posa sobre tu manuscrito y, aunque quieras quitarla, parece adherirse al papel. Una no puede huir tan fácil de ese juicio, y termina envuelta en un torrente de dudas.

Primero una: ¿Por qué no dejas eso y te pones a trabajar?

Después otra: ¿Cómo pagas tus cuentas si aún no vendes libros?

Y luego la más cruel: Te vas a aburrir, vas a perder el tiempo. Mejor búscate un trabajo estable.

Y así, piedra tras piedra, el manuscrito empieza a desaparecer. No porque dejes de escribir, sino porque empiezas a creer que quizá no vale la pena.

Aquí es donde la generación importa. Porque la mía es un puente: tenemos un pie en la cultura del esfuerzo extremo de generaciones anteriores, y el otro en la búsqueda de autenticidad y bienestar que trajo la nuestra. Estamos paradas en medio, tratando de no desbordarnos. Y justo ahí, en ese punto donde muchas se tambalean entre juicios y tinieblas.

Yo te aconsejo lo que siempre me digo a mí misma:

Esta es mi historia, ¿a mí qué me importa si les gusta o no? Y desaparece una piedra. Este manuscrito va a salir, porque tiene que salir, porque necesita salir. Y se van otras piedras. Este es mi trabajo, escribir es mi trabajo lo entiendan o no. Yo nací para escribir.

Y entonces... todo comienza a fluir.

@Jessica Sánchez



Experimental fusión.- "Los Hijxs del Muro"

Nos pusimos un reto Feliciano y yo, y escribimos a la par este texto:

En una esquina del oeste, donde el cemento se junta con los sueños mal dormidos, vivía una crew que no tenía nombre oficial. Pero en los muros les decían "Lxs Hijxs del Muro", porque todo lo que tocaban lo dejaban hablando.

No eran pandilla violenta, ni tampoco de esas que solo tiran facha. Eran familia sin sangre. Cada quien con su flow, su historia, su herida, y su arte. De esos que te miran a los ojos y te ven de verdad.

Estaba El Loko Dante, que rapeaba como si cada barra fuera un ladrillo en su propia muralla. Tenía la voz ronca, mirada de "vi más de lo que debería" y la risa más contagiosa del barrio.

Después estaba La Nena Zoe, que parecía callada, pero te miraba y ya te había leído entero. Hacía beats en su celu, con los auriculares rotos, y escribía letras que te sacaban las lágrimas sin pedir permiso. Su cuaderno estaba hecho pedazos, pero adentro tenía poemas que podrían prender fuego a la ciudad si alguien los leyera todos juntos.

Nano era el del aerosol. Un grafitero del carajo. Nunca hablaba mucho, pero cuando pintaba un muro, se te quedaban los ojos pegados. Sus letras bailaban. Y cuando pintaba caras... parecía que el muro respiraba.

Y estaba La Tofi, con su cámara vieja colgando al cuello y sus dedos llenos de tinta. Decía que sacaba fotos para "guardar pruebas de que existimos". Siempre capturaba momentos que nadie más veía: una carcajada rota, una mirada de hermano, una lágrima escondida tras una carcajada.

Eran ellxs. Juntxs. Un caos hermoso. Una crew que no buscaba fama, buscaba dejar algo real.

Una noche, en la placita donde se juntaban siempre, entre latas de birra y humo, pasó esto:

—Ey, Dante —dijo Zoe, con el cuaderno en la mano—, ¿y si hacemos algo que quede? No solo pintar muros... algo más grande. Que hable por nosotrxs.

—¿Tipo qué? —preguntó Tofi mientras revisaba las fotos del día.

—Un mural vivo —dijo Nano, que hablaba poco, pero cuando lo hacía todos lo escuchaban—. Que no solo se vea. Que suene, que se lea, que se sienta. Que sea de todxs.

—Una historia... nuestra —añadió Zoe—. Pero también de lxs que no están, de lxs que vienen, de los que nadie ve.

Dante se quedó mirando el cielo unos segundos, como si buscara una respuesta entre las estrellas apagadas del barrio.

—Un manifiesto, loco. Pero en la calle. Que respire con el barrio. Que lo puedan tocar.

Todos se miraron. Silencio.

Y de pronto... sonrieron. Porque ya sabían. Ya lo sentían.

La noche avanzó. Se escucharon risas, algunas barras improvisadas, el clic de la cámara de Tofi, y el agite de las latas de aerosol.

Algo se estaba gestando.

Algo que iba a hacer ruido.

Algo que recién empezaba...

Acordaron reunirse en la plaza del barrio al día siguiente, por la tarde, cuando la gente vuelve de los trabajos arrastrándose por las aceras. A esa hora los críos todavía juegan en la plaza esperando la hora de ir a cenar a casa. Es un momento concurrido que no necesita anuncios ni convocatorias. Habían diseñado a grandes trazos el plan, sin detalles: la ausencia de instrucciones precisas era parte del juego. Debían colocarse en las cuatro esquinas de la plaza, con la mayor discreción posible. Nadie marcaría el instante en que comenzar; sólo se mirarían unos a otros y algo les diría ¡adelante!

Y así hicieron. Se miraban con nerviosismo visible. Y el instante esperado llegó.

Loko comenzó sin aviso a rapear; el altavoz despedía sus palabras por toda la plaza y alborotaba los pájaros. Nena Zoe le siguió improvisando letras que se fueron enlazando con la de Loko sin mezclarse, como dos látigos unidos por un mismo altavoz. Nano comenzó a escribir textos de colores en el aire que vibraban y se mantenían a flote entre las vibraciones del altavoz. Sus propias letras adaptaban sus ondulaciones a al

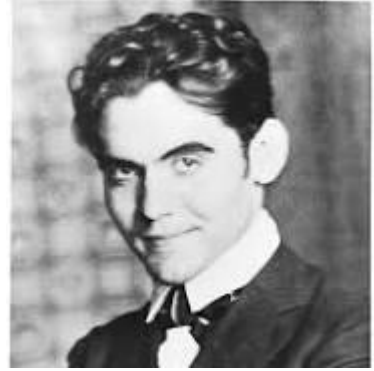
rapeo de sus colegas. La Tofi disparaba su cámara de manera desenfrenada a la gente que comenzaba a afluir a la plaza por las varias calles, sin enfocar a nada ni a nadie durante más de dos segundos. Un sujeto conectó otro altavoz y las letras volaron entre los balcones llevando las voces más allá de los tejados. Alguien dispuso el sistema para conectar la cadena creciente de altavoces a los celulares que transmitían en vivo a cualquier destino donde alcanzara la líneas telefónicas. La muchedumbre se movía con las cadencias de la sintonía, y las letras de Nano reproducían la amalgama de voces y sonidos. Las imágenes de la Leika de La Trofi iluminaban las fachadas de los edificios demorando el anochecer.

Un gran espacio, como una burbuja expansiva dominaba la plaza, y las plazas colindantes, e impregnaba las calles del magnetismo imparabile de Los Hijos del Muro, las sirenas estridentes y azules de los coches policiales y de los aparatosos camiones de bomberos se sintonizaron a la cadena multitudinaria de altavoces multiplicando el efecto universal de las letras.

Había ocurrido, la crew lo había petado; ya no había marcha atrás.

@María José Luque Fernández & Feliciano F. González





Federico García Lorca

Letras con memoria.- Federico García Lorca

Hoy quiero hablaros de una persona que murió con 38 años, fusilado durante la guerra civil española, exactamente en el barranco de Viznar cerca de Granada, en el año 1936, descansando sus restos en el cementerio antiguo de Fuente Vaqueros, su lugar de nacimiento.

Un referente en la literatura reconocido en el ámbito internacional. Posiblemente ya sabréis a quien me refiero, Federico García Lorca.

Entre mis manos un libro «Biografía García Lorca» del autor José Luis Cano, escritor y crítico español que según dicen es el que mejor conocía la poesía de la Generación 27.

BIOGRAFÍA GARCÍA LORCA POR JOSÉ LUIS CANO

...Y entre mis manos tu vida, ciento ochenta y una páginas que discurren entre sus letras y las de otros, sus paisajes y los ajenos que a través de su mirada, incluso aún siendo narrada por un tercero, simula o asemeja su alma, esa espiritualidad mal entendida que a través de su poesía nos acerca a la Generación del 27.-

Y perfectamente complementado con fotografías de sus vivencias en España y fuera de ella, en Argentina, Nueva York y Cuba entre otros. Dibujos de su puño por él realizados y aquellos retratos de otros amigos.

«Y entre mis manos las letras...»

El blanco de los ojos en ese retrato tuyo en el que plasmado queda la luz que desprende tu mirada. Entre los árboles que pueblan la dehesa que el abuelo cuidaba con empeño y el corazón en cada uno de los pasos que daba para que siempre estuviera perfecto como antaño lo tuvo su padre.

Vergel que en su pequeño estanque se reflejaba, lleno de vida, un paseo, un momento. Un lugar de unión para todos, cada uno buscando su pequeño espacio incluso para el recogimiento.

Los abedules, el olmo o la mimosa en el paseo que conducía hacia los juncos, dónde el verdor proporcionaba un clímax de calma y quietud.

Y una dureza equiparable a un espíritu, a esa fortaleza que el ser humano debe aprender a portar e incluso a caminar con ella.

Durante el vendaval se doblaba sin romperse para volver a incorporarse sin problemas tras él. Vigor y rigor que nos acompaña.-



Esto es solo un retazo de lo que podéis encontrar sobre la biografía de Lorca que sin duda os aconsejo que leáis.

Comentar que el vergel del que se habla en el libro era la finca familiar Huerta de San Vicente que actualmente acoge la Casa-museo Federico García Lorca.

En un viaje a Málaga me encontré en un muro del Alcazaba como no un poema de este autor que no desvelaré para que sea visita obligada. Ciudad que enamoró al poeta como ninguna aunque recorrió muchos pueblos de España y estudió en Nueva York donde escribió «Un poeta en Nueva York» una protesta contra ese país por la intolerancia racial, el consumo sin sentido y la adoración a la tecnología.

Su gran amor Rafael Rodríguez Rapún con quien mantenía una relación muy especial. Mantuvo también otra amistad muy singular con José Antonio Primo de Rivera llegando a alojarse en la casa de su familia en repetidas ocasiones. Estos fueron dos de los motivos que expusieron para acusarle al detenerle antes de ser fusilado.

Apostó por el teatro escribiendo numerosos guiones para cuyas representaciones él mismo creaba el vestuario y en él denuncia la opresión de la mujer en una sociedad autoritaria.

Como ejemplo podemos citar la obra «La zapatera prodigiosa» el papel del viejo y la niña, que resultan absolutamente edificantes y representativos de las mentes y habladerías que, diariamente, rodeaban en esta sociedad cualquier acto o relación que se saliera de lo cotidiano.

A través de la zapatera, personaje que según Lorca "representa a todas las mujeres del mundo y también el alma humana", el autor granadino también ofrece algunos retazos de la sumisión femenina ante el instigador dominio que ejerce el patrón masculino.

Algunos de sus personajes femeninos podéis encontrarlos vestidos en el Museo del Traje encumbrando así mismo el teatro de los títeres que era muy típico en Andalucía.

Se alojó en Madrid en la Residencia de estudiantes y allí coincidió con Dalí, Emilio Prados, Luis Buñuel, Miguel de Unamuno y Juan Ramón Jiménez que era el director, entre otros muchos.

Lorca era capaz de transformar sus palabras en dibujos, las caricaturas le acompañaban siempre. Todavía portaba la calidez de su alma y la candidez de su niñez, así lo testifican sus poemas y canciones infantiles y algunos dibujos que hizo para los hijos de sus amigos.

Eran sus dibujos dicen «poesía» y así figura en el libro «Estudio poético de los dibujos de Federico García Lorca» publicado por Benito Maradiaga.

En una carta escrita a su amigo Barradas habla de su intimidad creadora y se refiere al dibujo como un poema, encontrando en esta faceta la admiración y respeto de artistas como Dalí y Miró.

Canciones tan conocida como «La Tarara» que se convirtieron en parte del cancionero popular utilizado por los niños en sus juegos.

Poemas tan sencillos como «Mariposa» que forma parte de la obra de teatro comentada anteriormente, La prodigiosa zapatera.

Os recomiendo para vuestros hijos, sobrinos, nietos... un libro de poemas de García Lorca para niños «Canciones y poemas para niños» de la editorial Labor bolsillo juvenil que por desgracia ya no se encuentra nada más que de segunda mano, pero merece la pena, en él páginas en blanco acompañan e incentivan a que dibujen y creen un poema. Dibujos del autor acompañan.

Su debut en el "Cultural" por si os apetece leerla está disponible en:

https://www.lespanol.com/el-cultural/letras/20190111/debut-literario-lorca-siglo-des-pues/367714732_0.html

No puedo despedirme sin nombraros uno de sus libros sobre los viajes que realizó "Impresiones y paisajes".

@María José Luque Fernández



María Lejárraga

Letras con memoria. - María Lejárraga. -

Entre las formas de silenciar, una.

Las voces se silencian por mecanismos diversos, sencillos o complejos, explícitos o velados, que si algo tienen de común es ser agentes de un crimen: el de cercenar la libre expresión de alguien bien definido, o de un colectivo, o de todo un pueblo. Desde la reprimenda doméstica ejercida contra una expresión infantil hasta la ejecución sumaria de cuantos discordantes se expresan en una comunidad hay un largo recorrido en que no es preciso abundar, por lo obvio que aparenta ser. Pero, a pesar de esa obviedad, nos atrevemos a decir que ambos extremos están conectados por un hilo resistente que los aproxima: silenciar la discrepancia, censurar lo inadecuado, ocultar lo mal visto.

Silenciar una voz es un acto impositivo de trasfondo social, político, moral o de todos estos y otros ingredientes mezclados en distinta proporción. Si lo observamos de manera proyectiva en el tiempo, podríamos intuir que el acto de censura al comportamiento de un niño es la semilla de futuros comportamientos que encuentran en la opresión una herramienta de utilidad.

Este problema alcanza una especial relevancia cuando abarca en su acción censora a un colectivo masivo de personas identificadas por un elemento genérico que hace del hecho censurado un fenómeno universal. Como un ejemplo de contrastada evidencia me quiero referir al género. Cuando se opera una restricción de libertades a un género, digamos, también por razones históricas comprensibles, a las mujeres, cualquier otro elemento valorativo inherente a cada mujer pasa a un plano secundario e irrelevante. El rol asignado a las mujeres puede implicar la exclusión de sus manifestaciones de libre expresión, que suelen silenciarse por la fuerza. ¡Quién no puede mencionar ejemplos de artistas que vieron impedida la posibilidad de darse a conocer por el hecho de ser mujeres o que fueron conocidas finalmente por avatares del destino!

Cuando la censura es explícita, se ejerce una violencia directa que puede incluso verse reflejada en instrumentos legales coercitivos. Pero también se puede tratar de una censura indirecta, subliminal, anidada en asunciones morales o a prácticas sociales

excluyentes. La censura, en este caso, no necesita la norma positiva para ejercer su fuerza: ésta reside en una amalgama de factores educacionales tejidos durante décadas o siglos.

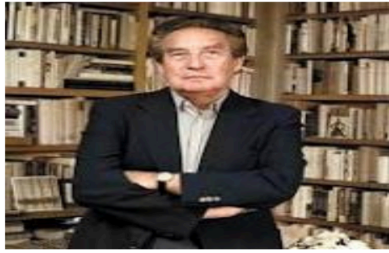
He leído la trayectoria literaria de María Lejárraga (San Millán de la Cogolla 1874-Buenos Aires 1974) con la misma naturalidad con que leería la de cualquier otro autor. Pero no he podido evitar reflexionar sobre el hecho de que sólo fue conocida y reconocida como brillante escritora cuando ya había publicado la mayor parte de su obra bajo la firma de su marido, Gregorio Martínez Sierra. Ambos desarrollaron ese tándem creativo en el que ella creaba y él aportaba su nombre e imagen. No debe caerse en el tópico fácil del marido que impone el silencio a la expresividad de su esposa. No parece que fuera el estilo de su relación. Factores sociales y educacionales de mayor raigambre hicieron que María Lejárraga aceptara esa pragmática vía de burlar las barreras de facto impuestas y, a cambio, ver sus obras publicadas.

Se extendió la sospecha de que ella era la verdadera autora de la obra que figuraba a nombre de su marido y, por ello, tuvo la oportunidad de relacionarse con intelectuales como Juan Ramón Jiménez o Ramón Pérez de Ayala. La República española instaurada en 1931 trajo para María Lejárraga nuevos aires de activismo político y cultural, siempre en el entorno del feminismo que con retraso pretendía seguir los pasos del ya desarrollado en Inglaterra o los Estados Unidos. La caída de las instituciones de la República le trajo el exilio. En 1953, ya anciana, y fallecido Gregorio Martínez, del que estaba separada, publicó Gregorio y yo: medio siglo de colaboración, donde reconoció que había publicado casi toda su obra bajo el nombre de su marido.

Es María Lejárraga una mujer que padeció dos formas despiadadas de censura: la de su entorno educativo y moral, y la de su entorno político. Hubo de ser la artista brillante a la sombra de un hombre de paja, y la librepensadora exiliada durante el último tercio de su vida. Por ello, por el ejemplo de María, reitero el fino hilo conductor entre la madeja de prejuicios que adornan a menudo los modelos educativos al uso y el autoritarismo político y moral en que se dejan arrastrar los pueblos en los más tristes momentos de su historia. Tal vez cuidando que la educación desde la infancia se funde en principios de libre pensamiento y sentido crítico puedan madurarse mecanismos de evitación de aventuras sociales y políticas contrarias a los valores y derechos fundamentales de todas las personas, sin excepción. Parafraseando a Giner de los Ríos, al ser humano (él decía a España) la salvación ha de venirle por la educación.

Me permito invitar a quien nos lea a que se adentre en la obra literaria de María Lejárraga. Nuestra lectura será, sin duda, un bello homenaje póstumo a su legado.

@Feliciano F. González



Octavio Paz

<<La artesanía es el latido del tiempo humano pues transcurre con los días, se fluye con nosotros se desgasta poco a poco>>



Isabel Allende

<< Escribir es como bordar una tapicería con hilos de muchos colores: es un trabajo artesanal de cuidado y disciplina>>



Concurso Narrativa "Nuevas voces"

No podemos comenzar nuestra andadura de otra manera que plasmando en estas páginas, los textos ganadores y los de todos los participantes en el concurso "Nuevas voces" que organizamos desde nuestra página web.

Como ya anunciamos a través de la plataforma Tertulia abierta sobre la situación actual de la narrativa hispanoamericana en el mundo, los ganadores del concurso fueron **María Teresa Fandiño, José María Ysmer y Toñi Arranz.**

Dos **menciones especiales** tuvieron su lugar, las correspondientes a las escritoras **Isabel San José y Guadalupe Cisneros Villa.**

Ganadores "Nuevas voces"

<p>Tertulia abierta HISPANOAMERICANA</p> <p>OTORGA: PRIMER PUESTO CONCURSO NUEVAS VOCES</p> <p>María Teresa Fandiño 12 abril 2025 En reconocimiento a su valiosa y destacada participación, contribuyendo significativamente al éxito del mismo.</p> <p>FELICIANO GONZÁLEZ MARÍA JOSÉ LUQUE</p>	<p>Tertulia abierta HISPANOAMERICANA</p> <p>OTORGA: SEGUNDO PUESTO CONCURSO NUEVAS VOCES</p> <p>José María Ysmer 12 abril 2025 En reconocimiento a su valiosa y destacada participación, contribuyendo significativamente al éxito del mismo.</p> <p>FELICIANO GONZÁLEZ MARÍA JOSÉ LUQUE</p>	<p>Tertulia abierta HISPANOAMERICANA</p> <p>OTORGA: TERCER PUESTO CONCURSO NUEVAS VOCES</p> <p>Toñi Arranz 12 abril 2025 En reconocimiento a su valiosa y destacada participación, contribuyendo significativamente al éxito del mismo.</p> <p>FELICIANO GONZÁLEZ MARÍA JOSÉ LUQUE</p>
---	--	--

Menciones especiales

<p>Tertulia abierta HISPANOAMERICANA</p> <p>OTORGA: MENCIÓN ESPECIAL CONCURSO NUEVAS VOCES</p> <p>Guadalupe Cisneros 12 abril 2025 En reconocimiento a su valiosa y destacada participación, contribuyendo significativamente al éxito del mismo.</p> <p>FELICIANO GONZÁLEZ MARÍA JOSÉ LUQUE</p>	<p>Tertulia abierta HISPANOAMERICANA</p> <p>OTORGA: MENCIÓN ESPECIAL CONCURSO NUEVAS VOCES</p> <p>Isabel San José 12 abril 2025 En reconocimiento a su valiosa y destacada participación, contribuyendo significativamente al éxito del mismo.</p> <p>FELICIANO GONZÁLEZ MARÍA JOSÉ LUQUE</p>
--	---



María Teresa Fandiño

Primer premio

Estudió empresariales en su ciudad natal, A Coruña, donde reside; ejerce como asesora fiscal y escritora; su obra abarca narrativa y poesía, siendo autora de tres novelas publicadas por la Editorial Libros Mablaz; es coautora en antologías poéticas y narrativas publicadas por diversas editoriales y participa en revistas digitales, espacios virtuales y radio como Piel de Letras y en Ycoden Daute Radio. Es miembro de U.N.E.E., A.S.E.A.P.O. y C.E.D.R.O.

Espacio infinito

**Una jaula fue en busca de un pájaro.
Franz Kafka.**

Una estrecha butaca tapizada en pana de color marrón, y yo, vestida de amarillo y beige con tacones a juego, aguardábamos, emocionadas, el despliegue de un telón dibujado con tréboles de color verde, y suaves aderezos; sus tres y cuatro hojas orladas en tul creaban una ilusión mágica en aquel teatro.

Un tesoro en cada hilada, una sonrisa en mi cara y, en cada ángulo, las alas de viejos palcos; en sus ajadas alfombras reposaban mis pies descalzos. Luces por doquier y a un telón, la nariz pegada. Se desata la locura en silbidos entre el gentío, ansioso por escuchar los cantos de una historia entre las grandes, impaciente es la espera ante un espectáculo asombroso; en pie, el director de orquesta se inclina y se estira al son de la melodía. Trágico suena Puccini.

Tres, dos, uno... Giacomo en su esplendor.

Oscilan los tréboles de la suerte cuando se abre el telón, como presagio de una tragedia.

En escena una mujer mariposa sueña con pasión y amor maternal, mas se adivina una traición entre los vejestorios dorados del escenario y se asoma su trágico devenir; ella vive en vilo sin vivir, agita carcoma con sus alas humedecidas por tantas frustraciones.

Cuanto ella posee habita en un par de bolsillos entristecidos por causa del engaño, la mentira, la traición; su religión y su cultura le dan la espalda. Despliega el canto un hombre de lágrima fría, hueca, satisfecho de sus hazañas. Es el canto extranjero de un corazón de piedra que juega a oros. No embarga su pecho ningún sueño, ningún sufrimiento; triunfa su frialdad, la satisfacción de poder manejar, a su antojo, el destino de una mujer. Disfraces de bondad encubren corazones duros.

Un vientre de mujer, carga a su espalda romanticismo, esperanza, instinto maternal e incomprensión.

Compasión.

Sobrecoge; cuando ella juega a espadas yace la mariposa en llagas, sangra la negra sombra de esa espada.

¡El libreto es bueno!

Se encienden las luces y la orquesta marca el fin de la obra.

Durante unas horas medité acerca de aquella tragedia mientras secaba mis lágrimas con un kleenex. Salí de aquella estrecha butaca con dolor de caderas, el alma encogida y sensación de impotencia, la misma percepción que nutre mi presente, con más o menos la misma fuerza que hace un siglo.

Cuanto más pensaba, más me irritaba. ¿Acaso cien años no significan nada? Arrancó el llanto; no por la historia de Madame Butterfly, un libreto ancestral, magistral, que al fin y al cabo no es más que una historia transformada en ópera famosa, sino por el sonido repetitivo que se había incrustado en forma de bucle en mi cajita de música, esa que habita en mi cabeza, que no funciona a través de wifi, a la que hay que darle cuerda como a los juguetes de lata antiguos. Ahí habita la melodía, la paz, los buenos sentimientos y un muro de cemento armado que frena la entrada de la basura que se mueve por nuestro espacio vital.

Me había quedado atascada, me asustaba pensar que los mismos errores de hace ya cien años continúan jugando a matar, que la sociedad castiga a los que no conducen por esos caminos a los que algunos denominan adecuados; a veces veladamente.

Y recordé la cara de las mujeres que he visto en fotografías antiguas, en blanco y negro, aquellas que lavaban en el río, cocinaban sopa, tenían sabañones en las manos y callos en los pies. Les faltaban dientes y les sobraban horas de trabajo.

Ni siquiera habían sido geishas.

Y pensé en la desgracia de haber nacido antes de un tiempo determinado, la de no ser conscientes de su odisea, ni siquiera la de saber que habían sido desafortunadas.

Porque lo desconocían; aunque algunas, las menos afortunadas, lo intuían.

Y me fui al puerto a querer ser pájaro y entablar conversación con el mar; le pregunté:

— ¿Alguien ha diseñado los nuevos valores basándose en responsabilidades? ¿O acaso no existen nuevos valores?

Le hablé a su horizonte rojo acerca de la calma del alma y me di de lleno con el pasado, las vi a ellas, a las mujeres del siglo anterior; caminaban por la arena aguardando a los marineros para recoger la carga de las pequeñas embarcaciones.

Le oí rugir.

El mar es burlón, es frío, no tiene color, y, a veces, se tiñe de rojo como ocurre ahora en más de ciento cincuenta países donde sus mares y sus tierras se cubren de sangre de niños contra niños, como ya ha ocurrido; la historia se repite.

Quise gritar, más el viento soplaba en mi contra, y callé; callé como hacemos siempre que normalizamos situaciones y el silencio se afianzaba, o quizás porque me hubieran detenido o tomado por loca. Me oculté en mi coche, bajé la cabeza, tapé mis oídos y grité, grité con toda la fuerza de mi pecho.

¿Podiera ser que los disfraces de bondad que cubren maltratos y guerras nos confundan, como antaño, o que yo haya nacido también demasiado pronto?

Tal vez desconozca la respuesta. Pero sé que es tan descarado el engaño, que para hacer recuento de los disfraces de bondad no preciso ocupar una butaca teatral.

©María Teresa Fandiño Pérez.



José María Ysmer

Segundo premio

Nacido en el año 1967 es Licenciado en Biología por la Universidad Autónoma de Madrid (1990) y actualmente trabaja como técnico auxiliar de bibliotecas en la Hemeroteca Municipal de Madrid.

En 2020 le fue concedido el 2º premio en la XXXVI edición del Certamen Literario «Manuel Vázquez Montalbán», organizado por la Biblioteca Rafael Alberti de San Fernando de Henares.

En octubre de 2021 sale a la luz su primera obra, "La sed de las piedras". En colaboración con Guadalupe Cisneros Villa, publica en 2022 su segundo poemario, "Estación de cercanías" y en 2023 sale a la luz su último libro "Y siempre más".

Un vaso de agua

Hay historias que suceden a diario, aunque no lleguemos nunca a conocerlas. Yo tuve la suerte por casualidad de ser testigo directo de una de ellas. Una historia que si bien aparentemente resulta del todo insignificante no por ello carece de una enorme carga emotiva. Los hechos sucedieron de la manera que a continuación paso a contar.

Tengo por costumbre, de lunes a viernes, entrar a desayunar a eso de las 11:00 a una cafetería que está enfrente del lugar donde trabajo. El sitio en cuestión no tiene nada de particular salvo por el nombre que resulta bastante llamativo. El café que sirven tiene buen color, buen aroma y sabor, con demasiada espuma y por lo general no muy caliente; todos estos son detalles que no aportan nada a la narración, eso está claro, pero que me gusta dar, tal vez por ese afán que tengo siempre de rellenar los espacios vacíos y ofrecer al oyente, en este caso al lector, la imagen más completa del ambiente

en que se desarrolla la acción y de esta manera se sienta más protagonista de los hechos.

Ya hacía algunos días que al poco de llegar yo a la cafetería, con el desayuno ya servido, veía entrar a un hombre de unos 75 años, bien trajeado, aunque algo desaliñado en su aspecto, excesivamente re peinado y oliendo a una colonia intensa, probablemente de una marca poco conocida. Saludaba cortésmente al camarero dando los buenos días y le pedía simplemente un vaso de agua, que cogía con la mano izquierda y bebía a sorbos cortos, apreciando la frescura del líquido que iba mojando sus labios y refrescando como una caricia, así lo suponía yo, el interior de su garganta. Al terminar dejaba el vaso vacío con total delicadeza sobre el mostrador y con una sonrisa, dirigida al camarero y a todos los presentes, se despedía hasta el día siguiente dando las gracias.

Estos mismos hechos se repetían un día tras otro con escasas variaciones como pude comprobar; casi siempre la misma hora de llegada, parecida vestimenta y similares palabras y gestos al dirigirse al camarero y tomar ese vaso de agua con su mano izquierda. La sonrisa al despedirse no parecía sufrir algún cambio con el transcurso de los días, como si todo en él se hubiera quedado detenido en el tiempo y en el espacio, aunque todo a su alrededor fuera distinto.

Él acudía puntualmente a su cita.

El ir viéndole llegar con esa precisión horaria cada mañana despertó en mí una urgente curiosidad por saber hacia dónde iría después de salir de la cafetería o de donde provendría con esa sed tan acuciante. Tras varias semanas de ser testigo de estos hechos, decidí un buen día cogerme unas horas libres en mi trabajo y seguir a este hombre de manera muy discreta para ver hacia donde dirigía sus pasos y descubrir, si era posible, cuál era el motivo de esta acción diaria, sumamente curiosa.

Creo recordar que el día elegido para tales pesquisas fue un viernes de marzo, algo ventoso, que amenazaba lluvia en cualquier instante.

Él iba con su vestimenta habitual, cubierto por un abrigo largo, algo sucio y una bufanda enrollada de mala manera alrededor del cuello que parecía adquirir vida propia con cada soplo de aire e intentaba fugarse o ahogarse según los caprichos de ese ser intangible que lo llenaba todo.

A una decena de pasos, intentando no perderle de vista, parando cuando él se paraba, iba yo, cauteloso y expectante, imaginando un sinfín de posibles finales, algunos

esclarecedores y otros sin salida, porque no siempre es posible hallar lo que uno busca, lo que uno quiere ver detrás de los espejos que reflejan el hambre de uno mismo.

La distancia, siempre a pie, no resultó muy larga, apenas algo más de un kilómetro que transcurrió despacio, aunque con alguna carrera por mi parte para evitar los semáforos en rojo; a través de anchas avenidas arboladas, con intenso tráfico.

El final se vislumbró al llegar a las escalinatas que conducían a la entrada del Hospital Central; no sin antes comprar en un quiosco que estaba justo enfrente de la puerta un ramito de violetas.

Nada más atravesar la entrada, el hombre se dirigió a los ascensores que estaban al fondo del gran vestíbulo atusándose los cabellos algo alborotados antes de entrar en uno de ellos. Me metí en él junto a otras personas, intentando cubrirme el rostro con un periódico que llevaba a tal efecto para evitar que pudiera reconocerme. No sé si en algún momento llegó a hacerlo, pero si así fue no pareció importarle ni sorprenderse siquiera.

En la tercera planta se bajó y entró en la sección de neurología donde después de hablar un rato con una enfermera sobre asuntos que no llegué a entender entró en la habitación 305 dejando entornada la puerta. Desde mi posición pude escuchar como le hablaba a una mujer llamándola Julia y supuse que sería su esposa por las palabras tan afectuosas que usaba para dirigirse a ella. La mujer no contestaba, sin embargo, lo cual me hizo pensar que tal vez estuviera dormida o más bien inconsciente a causa de la enfermedad que padeciera. Sentí como el hombre arrastraba una butaca para acercarla probablemente a la cabecera de la cama; imaginé su mano acariciando el rostro de la enferma, desenredando suavemente sus cabellos enmarañados, arreglando el embozo de las sábanas, comprobando que el goteo siguiera funcionando correctamente y no se hubiera acabado. Oí cómo el hombre descorría las cortinas de la ventana. Un rayo de sol atravesó la habitación de punta a punta saliendo por la puerta e iluminando el lugar donde me hallaba.

Sentí como el hombre se despojaba de su abrigo colgándolo de una percha, sentándose a continuación en la butaca. Cogió, eso supuse, un libro que estaría guardado en el armario. A continuación, ajustándose los lentes, comenzó la lectura. Sus palabras fluían como las aguas de un arroyo, frescas y transparentes; bajo el arrullo de ese sonido cadencioso y el calor del sol tocando mi rostro con sus dedos, caí, en el asiento del pasillo donde estaba sentado, en un sopor gratificante que me hizo cerrar los ojos.

Su voz me llegaba como una melodía lejana, produciéndome calma y sosiego. Tal vez su esposa sintiera, aún sin saberlo, algo semejante. En su estado de coma, esa voz tan querida tendría, de algún modo, efectos beneficiosos; tan cercana a la muerte la mantendría con vida, recordando en su noche, todos esos momentos felices que pasaron juntos.

Los sonidos bien modulados en la voz del hombre me recordaban un paisaje con sus cimas y valles. Ascendían las palabras para caer luego en mitad de un silencio reparador. La música de las palabras amordazaba al dolor impidiéndole salir.

La lectura continuó durante un tiempo que no pude precisar pues me quedé dormido. De lo que pude escuchar distinguí algunos fragmentos de poemas conocidos de Machado, Lorca, Neruda y otros muchos que pusieron tanto amor en sus palabras. No sé si este hombre, en esos instantes, quisiera ser Dios para darle a su mujer una nueva oportunidad; seguramente sí.

El poema, "Me basta así" de Ángel González, quedó flotando en el aire como ese deseo perentorio de volver la realidad otra distinta, similar a la de antes, cuando aún las respuestas eran dadas y el cuerpo era el refugio de unas manos que no desfallecían.

Si yo fuera Dios
y tuviese el secreto,
haría un ser exacto a ti...

No creo que este amor pudiera expresarse con mejores palabras...

Cuando terminó de leer este poema el hombre cerró el libro, corrió las cortinas y salió del cuarto, no sin antes darle un beso a su mujer y desearle, felices sueños.

@José María Ysmer.



Toñi Arranz

Tercer premio

Nacida en Valladolid, es autodidacta y forma parte del Grupo Poético PerVersos. Participa en distintas antologías así como en Centros Culturales, grupos y asociaciones. Su última colaboración ha sido hoy, día diez de mayo, en la ofrenda a la Virgen de San Lorenzo de las Casas Regionales en Castilla y León.

MARIA

María no sabe los años que tiene, como tampoco recuerda los que tenía aquella primera vez que salió del pueblo.

- Era mu chica, me dice, quizá al año de hacer la Primera Comuni3n. Continúa, mientras con una estática sonrisa deja ver los pocos dientes que aún le quedan.

. Fue una época difícil aquella, me cuenta, pues eran muchas las bocas que alimentar y poco el jornal que entraba en casa, por eso padre decidió llevarme a la capital a servir a casa de los señores. Era una mañana de primavera, cuando mi madre me puso el vestido que le dio la seña Petra, la mujer del farmacéutico y que ya no le servía a su hija. Había estado durante toda la noche arreglándolo; cosiendo descosidos y remendando sietes, bajando dobladillos y arremetiéndolo para que no se apreciara en demasía que estaba usado. Hizo un hatillo con dos mudas y después de ordenarme que me portara bien y que hiciera lo que me mandara la ama, me sacó al corral donde padre me esperaba. Padre me subió al viejo carro, el que usaba para llevar los frutos de la huerta al mercado de Medina y del que estaba enganchada La Reina, la yegua parda de patucas blancas. Después subió él y poniéndose a mi lado, emprendimos el viaje. Aquel día, el carro estaba más limpio que de costumbre.

Mientras la mujer hurga en sus recuerdos, yo escucho intentando no distraerme.

- Fue un viaje largo, prosigue, lleno de silencios de padre y algarabía y emoción por mi parte. Cuando llegamos a la ciudad, mis ojos de niña se abrieron llenos de asombro y emoción, a pesar de que Valladolid en esos años fuera una humilde ciudad de provincias, era mucho mayor que el pueblo y sus edificios más altos y bonitos que las casuchas de adobe que formaban el pueblucho del que acababa de salir. Para llegar a la casa de los amos, primero montamos en un ascensor que nos subió hasta el piso donde se encontraba. Madre mía, qué vértigo sentí. Yo me agarraba a la pernera del pantalón de mi padre, pues temía caerme. Ya en la casa y mientras padre hablaba con el amo sobre asuntos de las tierras, una mujer de rostro arrugado y manos de vieja, que según me dijo era la asistente, me llevó al cuarto que durante unos pocos de años compartí con la niñera. Allí me quitó el vestido que con tanto esmero había arreglado madre y arrugando el hocico dijo: "esto, a la lumbre y tú niña, a bañarte que falta te hace un buen restregón, no vaya a ser que nos traigas chinches" Yo arrugué la cara al escuchar esto, primero porque iba a quemar el vestido más bonito que tenía y que tanto esmero había puesto mi madre la noche anterior en arreglar y después porque daba por hecho que estaba sucia, cosa incierta pues nos bañábamos en el balde de cinc todos los domingos por la mañana antes de ir a misa y, por las noches, nos pasaba la peina por el pelo, para quitarnos los piojos.

Eran tiempos de miserias. - Me dice, con el mudo propósito de obtener mi comprensión.

-En el centro de la cocina, continúa, había un gran barreño al que, una vez yo desnuda, me ordenó que entrara mientras iba echando agua tibia con un cubo. Allí me restregó con un estropajo de esparto, de esos de los de fregar los cacharros, y tal pareciese que me iba a desollar viva de lo mucho que frotaba la condená. Tanto frotó que cuando salí del barreño estaba toda roja de tanto frotamiento. La criada, que luego me dijo se llamaba Usebia, me dio una bata de rayas azules y blancas y que me quedaba mu grande y un delantal blanco con puntillas mientras me decía con sorna "ale niña, a vestirme, que pareces otra. Y no te apures porque te quede grande, que ya crecerás". Cuando terminé de vestirme, fui a ver a padre, pero ya se había ido. No volví a verlo hasta pasados unos cuantos de años, cuando vino a buscarme pa llevarme al entierro de Pilarín, una hermana a la que yo no conocí pues nació después de venirme pa la ciudad. Te cuento tó esto, hija, pa que veas que triste fueron mis primeros tiempos en casa de los señores.

-Pasados unos años, prosigue, yo pienso que como diez, la niñera se fue de la casa pa casarse con el carbonero y yo me quedé a cargo de los niños. A sín que pasé de trapear los pisos de tarima con asperón, limpiar la caldera de ceniza y hollín, a preparar la comida y la merienda, de los señoritos, lavarles la ropa y todo lo propio que hace una niñera. Pero lo que más me gustaba, era llevarlos al Campo Grande cuando hacía bueno y

jugar con ellos. Yo pensaba que nunca había sido niña, pues nunca había jugado como ellos lo hacían.

-Cuando los niños se hicieron mayores y la Usebia se marchó con una sobrina porque se había hecho vieja, yo pasé a ser la sirvienta de los señores. Hasta el día que el señorito Jaime dijo que se casaba y le pidió a la señora que me dejara ir con ellos a su casa. Al fin y al cabo, ya se quedaba solo el matrimonio mayor y con una mujer que iba unas horas por la mañana, había suficiente. Además, les dijo, que él estaba acostumbrado a mí y no le apetecía buscar a nadie más. La señora consintió y, en cuanto el joven matrimonio llegó del viaje de novios, me fui con ellos a vivir.

María hace un descanso en su narración, como si deseara que el tiempo se detuviera en aquellos momentos.

-Fui tan feliz esos años, continúa mientras sus labios exhalan un leve suspiro, los más felices de mi vida. Los señoritos Jaime y Marisa, habían comprado un moderno y lujoso piso en La Acera de Recoletos, la zona más elegante de la ciudad, donde todo era nuevo y no faltaba detalle.

Ellos formaban una pareja joven y con muchas ganas de disfrutar de su matrimonio y de la vida. Y yo, yo era la dueña de la casa, hacía y deshacía a mi gusto sin que ellos me pidieran explicaciones. En ese instante sus palabras semejan cual lamento y, emitiendo un lánguido suspiro, continúa:

-Pero aquella felicidad duró poco. A los cinco años de casados, el señorito Jaime cayó terriblemente enfermo y a los dos años de fallecer éste, la señorita Marisa terminó muriendo de pena. Y yo me quedé sola.

En esos momentos, pliega sus agrietados párpados mientras hace un leve descanso en su narración, como si quisiera ir en búsqueda de aquellos momentos vividos. Tras un leve instante de recogimiento, recobra el semblante y prosigue esta vez con el tono más elevado:

-Y ahora, estoy aquí. Gracias a los padres de los señoritos que, como me quieren tanto, me han traído a esta residencia en la que estoy como una reina. Aunque yo estaría más contenta si me dejaran hacer algo, aunque fuera planchar las camisas, que ya he dicho que lo sé hacer muy bien.

Cuando la auxiliar viene a buscarla, frunce el ceño a la vez que murmura:

-Ya está aquí esta pesada -.

Mientras se aleja, María saca del bolsillo del vestido un pañuelo de tela en la que se percibe una M bordada en hilo azul y enjuga una lágrima que asoma por el vértice del ojo izquierdo, mientras va camino a una forzada ducha.

Mañana, de nuevo regresará a la recepción de la residencia con su sonrisa sempiterna y enseñando los cuatro dientes que le quedan. Y me volverá a contar por enésima vez la misma historia que, a pesar de su demencia, no ha olvidado.

@Toñi Arranz



Guadalupe Cisneros Villa

Mención especial

Guadalupe Cisneros Villa, nacida en Monterrey, México, en 1962, emigró a los Estados Unidos en su niñez. Licenciada en Desarrollo Infantil y Montessori, actualmente estudia un Máster en Educación y un Doctorado en Teología. Ha publicado varios libros de poesía, entre ellos *Antes Que Nos Borremos* (2021) *Muros De Papel y Estación De Cercanías* con José María Ysmer Palazuelos (2022) y *Noches De Lluvia/ Rainy Nights* (2023).. Sus poemas han sido incluidos en diversas antologías y ha ganado premios en cuentos cortos y poesía.

UNA NOCHE TIBIA CON PASOS ACELERADOS

Mariana sostuvo el sobre amarillo con fuerza contra su pecho mientras caminaba hacia su mesita de noche. Lo colocó allí de forma segura, sabiendo que pronto tendría que ocuparse de él. Era hora de que se preparara; Eugenio estaba a punto de llegar y no le gustaba esperar. Había sonado emocionado cuando llamó esa tarde, así que se aseguró de usar su vestido favorito y perfume Chanel No. 5.

Eugenio era una estrella emergente en el mundo legal, conocido por su agudo intelecto y dedicación en uno de los bufetes más prestigiosos de la ciudad. Por otro lado, ella era la dinámica directora del Museo Nacional, una institución reconocida por sus exposiciones y su importancia cultural. Sus caminos se cruzaron por primera vez durante la elegante inauguración de una exposición, donde el ambiente se llenó de una suave iluminación y el murmullo de los entusiastas del arte. Mientras bebían un vino tinto aterciopelado, se sumergieron en una conversación, compartiendo historias y risas hasta la madrugada.

Ella reflexionaba a menudo sobre la casualidad de su encuentro, preguntándose por qué sus vidas nunca se habían entrelazado antes y por qué esta conexión instantánea había surgido en ese momento tan particular. Su romance en ciernes parecía casi mágico: dos personas realizadas, cada una con aspiraciones, sueños y la promesa de un futuro brillante que se extendía ante ellos.

Sin embargo, bajo la superficie de su narrativa de cuento de hadas yacían dos grandes obstáculos. Eugenio estaba atrapado en un matrimonio que había durado nueve años, una conexión que se había estancado con el tiempo. Mientras tanto ella llevaba dos años separada de su marido. A pesar de su innegable química y el anhelo que sentían en sus corazones, ninguno de los dos se había atrevido a hablar de la posibilidad del divorcio con sus respectivas parejas. Esta tensión tácita se cernía entre ellos, complicando el camino hacia la felicidad.

La esposa de Eugenio era una exitosa abogada corporativa y solía realizar viajes de negocios internacionales que la llevaban a las imponentes calles de Asia. Eugenio en ocasiones la acompañaba. Sin embargo, estos viajes despertaban una profunda inquietud en Mariana. Aun así, arraigada en el amor y la confianza, aceptó su inquietud, con la tranquilidad de saber que él siempre volvería a ella.

Cuando sonó el timbre, Mariana se sintió nerviosa y ansiosa, como una colegiala en su primera cita. Sacudiendo la cabeza y sonriendo, pensó en lo tonto que se sentía experimentar esto a los treinta y seis años, pero aquí estaba, con el hombre de sus sueños. Era temprano, de hecho, demasiado temprano. No era inusual, ya que a veces cuando terminaba de trabajar, se dirigía directamente a su apartamento. Se puso el abrigo y se roció un poco más de perfume, asegurándose de que su maquillaje estuviera impecable antes de dirigirse hacia la puerta.

Abrió la puerta.

Para su sorpresa, no fue así. Para su asombro, Mariana salió esperando encontrar a Eugenio, pero en su lugar, un distinguido chofer se acercó a ella. "¿Es usted Mariana Córdoba?", preguntó cortésmente. Cuando ella confirmó su identidad, le indicó con un gesto que lo siguiera.

Sintiendo una oleada de aprensión, Mariana dudó, expresando su preocupación. Sin embargo, el chofer respondió con un tono amable pero firme, expresándole que lo mejor para ella era acompañarlo. Le aseguró que todo el proceso solo tomaría unos minutos y que no le esperaba nada perjudicial; el encuentro era simplemente una breve presentación a alguien que estaba deseando conocerla.

Al entrar en el ascensor, el descenso se le hizo interminable, aumentando su incertidumbre. No era así como había imaginado que se desarrollaría su día.

Al llegar al aparcamiento, le impactó la visión de un opulento coche negro, cuyas ventanas tintadas le otorgaban un aire de misterio. Estaba aparcado en un rincón

aparentemente diseñado para pasar desapercibido. Una vez dentro, observó el interior: una lujosa tapicería de cuero combinada con un ligero aroma a colonia fina.

"Buenas noches, Sra. Córdoba", comentó el joven con voz suave pero profesional. "Le pido disculpas sinceramente por esta reunión tan poco convencional. Pronto comprenderá la urgencia que la motiva. Este es el Sr. Fein", señaló el joven. "Seremos breves para asegurarnos de que no llegue tarde a su cita con su "amigo".

Usted es la directora del Museo Nacional, ¿es correcto?

Mariana asintió nerviosamente.

- "Recibió un envío con varios paquetes para su próxima exhibición asiática en un par de Semanas"; nuevamente, asintió,

- "pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?"

- "Hay un pequeño paquete que le enviaron por error y necesitamos su ayuda para recuperarlo".

-Mi ayuda, Mariana murmura, ¿y cómo se supone que hago eso? Ella respondió.

"No lo sé", dijo el hombre asiático con enojo. "Usted está al mando".

"Solo necesitamos que nos entregue la estatua. La estatuilla femenina de la dinastía Han llegó en el último envío. Como puede ver, si decide ayudarnos, sus seres queridos estarán a salvo".

"Y sí, el Sr. Eugene Mendelsohn, su amigo abogado, también podría enfrentar consecuencias".

"Señora Córdoba, tiene una semana para entregarnos la estatua. No deberíamos tener que insistir en lo delicado que es este asunto y en que debe manejarse con la máxima discreción".

El Sr. Fein escupió estas palabras con fuerza al pobre intérprete, quien luchaba por mantener el ritmo de su rápida conversación.

Mientras Mariana caminaba de regreso a su apartamento su corazón latía más rápido de lo que nunca había sentido y su cabeza estaba a punto de explotar, pero Eusebio estaba por llegar y debía recomponerse y no dejar ver lo que estaba pasando, sin embargo, necesitaba contarle a alguien y un centenar de ideas corrían por su mente, pero lo primero es lo primero debía encontrar la manera de decirle a Eusebio este lío en el que estaba, seguro de que él podría ayudarla. Había tiempo: aún tenía tiempo.

El sobre, pensó Mariana. Con todo el alboroto, se había olvidado del sobre. Se acerca a la mesa y, como si estuviera emocionada y asustada al mismo tiempo, extendió la mano. Había esperado con emoción este momento para compartir con Eusebio, pero ahora había otras cosas más importantes de qué hablar. En ese momento, llamaron a la puerta. Debió de ser Eusebio; Tenía que ser él, esperaba. Ahí estaba. Se tiró sobre sus brazos entusiasmado y se colgó sobre su cuello.

- ¿Estás bien? preguntó, bueno, yo también me alegro de verte, dijo sonriendo. ¿Estás lista?

Claro que lo estás y te ves guapísima como siempre. Esta noche te tengo una sorpresa. Te encantará, estoy seguro.

Se subió por segunda vez en esta misteriosa noche a un coche, una noche tibia con pasos acelerados, pero esta vez era con el hombre que amaba y al que confiaba hasta con su vida.

Durante el viaje al restaurante se dijeron poco, pero ella pensó en todo lo que los unía. Y las sorpresas que los dos se tenían. Ella, la respuesta a sus problemas en ese sobre y él con su contagioso entusiasmo quizás lo que ella tanto anhelaba que les diese esa oportunidad y estar juntos al fin. Llegaron al restaurante, uno de los mejores en la ciudad, y respiró profundamente al salir del coche. Era tiempo de pasarla bien y de olvidar todo lo que estaba sucediendo alrededor de ella.

Después de unos minutos llegó el camarero con un recado para Eusebio. La comida estaba esplendida, la música y todo el ambiente había hecho que Mariana se sintiera amada y protegida.

Mariana, estaba tan concentrada con el platillo frente a ella que no ponía atención de que Eusebio se había levantado de la mesa y seguido al empleado del restaurante. Escuchó su nombre pronunciar y alzó la cabeza, sonriendo y pensando que Eusebio le quería pedir una prueba de su platillo como siempre lo hacía, era una costumbre entre ellos. Desafortunadamente, lo que estaba frente a ella nunca se lo pudo imaginar.

-Mariana, mirá, esta es la sorpresa de la que te hablaba le decía Eusebio, "te presento al Sr. Fein de Sun Moon Exports ,y a su intérprete Chu, mi nuevo socio".

Cayó al piso, como en cámara lenta, el tenedor de las manos de Mariana y su rostro emblanquecido como si estuviera viendo a un fantasma. Vio cómo daba vueltas a su rededor todo en aquel cuarto y solo sintió un punzante dolor en su cabeza, pero de lo demás nada. Solo voces, ruidos, gente moviéndose sobre ella, pero sin entender lo que

decían o hacían. Solo un dolor, terrible dolor y un líquido tibio y espeso descender desde su frente hasta sus mejillas.

-“El sobre”, dijo ella, “el sobre” antes de cerrar los ojos.

@ Guadalupe Cisneros Villa



Isabel San José Mellado

Mención especial

-Es Embajadora Universal de la Paz en España por el Círculo Universal de Embajadores de la Paz con sede en Francia y Suiza, nombrada el día 7 de Octubre del año 2017 por su colaboración totalmente altruista en las tres Antologías de "Mujeres y sus Plumas", obra donada a la Fundación Apostar por la Vida (Paraguay), encargada del tratamiento de pacientes oncológicos.

-La Fundación Apostar por la Vida de Paraguay, le ha otorgado un certificado de Honor al Mérito Literario, avalado por la Sociedad de Escritores de Paraguay (SEP), Filial Alto Paraná.

-El Directorio Mundial de la Literatura, Historia, Arte y Cultura, le otorga el 23 de septiembre de 2020 un certificado por sus reconocidos méritos en el ámbito literario y cultural.

OBRAS PROPIAS

-Dos poemarios: 2015 "Isabel, un canto al amor y al desamor" y 2020 "Isabel, entre el dolor y el deseo"

-Un cuento: "Álex y la luna", todavía sin editar.

ANTOLOGÍAS

-Desde el año 2015 hasta el año 2025, participa en su país, España, en las tres Antologías que año tras año convoca la editorial Libros Mablaz: Poesía, Microrrelatos y Relatos.

-Años 2018/20 en Paraguay: "Tributo a la poesía". "Día del Poeta Paraguayo" "Día del libro y derechos de autor" y "Cuentos infantiles".

-"Puente de poesía" 2019, Antología Hispanochilena.

-En 2020, participa en la Revista Duvalier, Uruguay.

-En 2022, "Sinergias" España, Antología en beneficio del pueblo Saharaui.

-Desde el año 2018 es miembro de La Guarida del Lápiz y Papel donde participa en las tres Antologías Temáticas anuales, editadas en Calameo.

-Participa con un relato y dos poemas en la revista Piel de Letras.

SOFÍA

Celebraba el cumpleaños en compañía de su familia, todo estaba perfecto, tan solo una ausencia empañaba ese esperado día para su integración en la vida social. Sofía cumplía quince años, en su país era como celebrar la mayoría de edad cuando en España cumple los dieciocho. En la felicidad de ese día también había un punto de preocupación, la niña tendría más libertad para hacer vida social a pesar de ser huérfana de padre, situación que podría ser un obstáculo en cuanto a la necesidad de cuidados paternos, pues no tenía ningún varón en la familia a quien recurrir en caso de necesidad. Su madre deseaba que encontrase pronto un trabajo para aportar algún dinero en casa o en su defecto algún hombre que la desposase y una boca menos que alimentar; los estudios y su vida como mujer debían esperar.

Ella soñaba con el universo, con terminar su aprendizaje académico y hacerse un lugar en el mundo social, ya fuese como emprendedora, como profesora, ayudante en una guardería, cajera, dependiente o cualquier trabajo decente; lejos estaban sus deseos de los de su madre. Cinco hermanos vivían bajo un mismo techo siendo ella la mayor.

Esa noche, cuando todo debía ser felicidad por su puesta de largo, un hecho aberrante que la perseguiría de por vida, enturbió el acontecimiento. José, un buen amigo de la familia, en quien ella confiaba como si de su padre se tratara, la abordó en el patio trasero de la casa cuando ambos y a petición de su madre tuvieron que ir a por más bebida y comida para los invitados. Ese tipo de celebración era muy importante en su país y todos debían ser saciados como era costumbre.

No pudo defenderse, era un hombre corpulento, de fuerza bruta -ayudaba a la familia en los quehaceres donde la mano varonil era necesaria- Nada más llegar al lugar, la empujó contra un rincón del arrellano tapando su boca con una mano a la vez que con la otra rasgaba sus bragas, una pierna en la zona lumbar de su espalda la dejó totalmente inofensiva, no podía morder la mano que amordazaba su mandíbula. Sus patadas solo daban contra la pared, y su minúsculo cuerpecito poco podía hacer contra su agresor, en un momento de impotente desesperación sintió cómo algo rompía su cuerpo, gritó de dolor pero nadie podía escucharla, la música estaba demasiado alta y en ese lugar de la casa nadie podía socorrerla, no duró mucho ese momento, pero a ella se le hizo una eternidad.

Entre sangre, una sustancia pegajosa que bajaba por sus piernas y junto a la contención de sus lágrimas, corrió al cuarto de baño a lavar su dolor. Poco más tarde llevó a los invitados lo que su madre había pedido. La fiesta debía continuar.

Después de un tiempo Sofía estaba embarazada, un ser sádico desprovisto de amor quiso casarse con ella, era su verdugo, quien la había violado sin el más mínimo escrúpulo. Su mamá pronto agilizó la boda, nadie debía saber que se casaba embarazada, tampoco importaban sus sentimientos pues le hubiese gustado tener sola a su hijo.

Desolada y triste, asumió unir su vida a la del hombre que no la había respetado en el día más importante de su vida y que tampoco la iba a respetar el resto de su existencia.

Después de la boda, su madre, hermanos y demás familia olvidaron que Sofía llevaba sus apellidos. Quince años, un hombre brutal, una vida rota, sin amigas, sin nadie a quien acudir, Sofía entró en depresión. La tristeza sumada a la impotencia hizo que perdiese al bebé.

Fue creciendo entre golpes, aberraciones, humillaciones y violaciones. Su amor, era su peor verdugo, no le hubiese importado esa forma de vida si al menos en cada acto de sexo no hubiese tenido que ser sometida como lo fue la noche en que perdió su virginidad. Odiaba ese momento, huía de la noche, de los rincones huía de la sombra de ese ser que tanto daño le causaba. Había dejado de llevar bragas para no satisfacer tanto sadismo. En su soledad y junto a su amargura, iba alimentando su dignidad o tal vez su orgullo deseando volver a ser bendecida con otra estrella.

Su deseo se hizo realidad dos años más tarde, Dios la bendijo con un hijo varón volviendo a ver relucir el sol y a sentir amor en su alma, al menos tendría a alguien a

quien ofrecer su amor y su dedicación, y ese alguien era un hijo nacido de sus entrañas, nada importaba cómo había sido concebido. Para ella solo el tener en sus brazos a su hijo y amamantarlo era suficiente para agradecer a Dios sus rezos.

Durante el tiempo que sacaba a su retoño adelante sintió en su corazón la calidez con la que creció, la confianza regresó a su vida, solo ella podría ser capaz de transmitir y educar a su hijo en los valores con los que había crecido, no permitiría que su verdugo inculcase la falta de respeto a la mujer y lo que era peor, el deseo de llevarse la virginidad femenina a tan temprana edad y sin consentimiento. Pasó el tiempo y a los tres años parió otro hijo, esta vez era una niña. Un parto largo y doloroso que parecía haberle arrebatado la juventud. De nuevo salió adelante, ahora era madre de dos seres que necesitaban un corazón alegre y jovial, una madre en quien confiar y en quien resguardarse cuando la situación lo requiriese, total sólo tenía veinte años y toda una vida por delante.

Hoy es viuda y madre -un trágico accidente por culpa del alcohol la liberó- de cuatro hijos con grandes valores morales y estudios universitarios, cuatro hijos que han sabido agradecer a su progenitora los cuidados y la dedicación que durante su infancia recibieron mientras que en el silencio de la noche era ultrajada por su verdugo. Sus nietos la colman de dicha y paz cada vez que van con ella a la Iglesia y se arrodillan ante el Altar, como ella lo hizo con su abuela el tiempo que permaneció a su lado.

@Isabel San José Mellado



Victoriana Díaz Lominchar

Victoriana Díaz Lominchar, nació en Corral de Almaguer (Toledo). Ella se define como escritora de sentimientos.

En Toledo es ganadora, con un eslogan contra las drogas.

Participa en certámenes poéticos, relatos y microrrelatos obteniendo palmarés y publicando con Libros Mablaz y Diversidad Literaria entre otras.

Entre sus criaturas literarias se encuentra un poemario muy especial titulado, Versos para una boda.

Las muñecas nunca lloran

Amida tiene diez años y vive en una barriada empobrecida cerca de Sierra Leona. Sus padres murieron de la epidemia del ébola. Ella quedó sin nada, desprotegida, pero su tía Sade desde su más ínfima pobreza se hizo cargo de ella. Entre las dos con sus propias manos, construyeron la casa donde ahora vivían.

Su techo era de hojalata y las paredes de algas y barro, pero a ella le gustaba el lugar. El mar era precioso y su oleaje nunca le dio miedo. Le gustaba esa grata armonía que la despertaba cada mañana. Lo peor era que, al alborar el día, le rugía el estómago, y no había nada que llevarse a la boca. La mesa de tres patas estaba vacía. Su tía le dice abrazándola que se distraiga cantando, mientras ella va a la chabola vecina a ver si le prestan un poco de arroz.

Sade volvía a casa con la cabeza gacha, sin nada para ofrecerle a su pequeña. Eso le

dolía en lo más profundo de su corazón. Se había negado muchas veces a la propuesta del proxeneta Luka. No quería que Amida sufriese el horror que padecían la mayoría de las niñas de su zona. La mayoría enfermas ya, otras embarazadas al albor de la pubertad. La situación era desesperada, no había medio de conseguir ni un grano de arroz por ningún lado. No hallando solución alguna, pensó en ofrecerse ella misma al explotador, pero nunca consentiría que le hiciese daño a su niña. A ella no. Iba tan triste y ensimismada que casi se choca con el benefactor, como le llamaban por allí.

Luka se paseaba impecablemente vestido cerca de las chabolas. Un día más iba en busca de carne fresca, como solía decir a sus clientes. Había combatido el hambre de muchas familias de esa zona. Él se consideraba el defensor de la pobreza. A la mayoría de los progenitores no les quedaba más remedio que consentir y mercadear con los cuerpos de sus pueriles hijas. A cambio, conseguían poner un plato de sopa en sus tristes mesas.

—¿Qué pasa mujer, que ya ni saludas? ¿Te sobra el maíz o qué?

—No le había visto —dijo tímidamente Sade.

—¿Has cambiado de opinión respecto a lo hablado en otras ocasiones?

Ella lo miró a los ojos con furia, pero calló.

—Pues mira por dónde, hoy me coges de buen humor y te voy hacer una buena oferta. Además de llenar tu mesa de arroz y todo lo que se le antoje a esa niña mal criada que tienes, también la voy a llevar a la escuela. ¿Qué me dices trigueña? Nunca he ofrecido tanto, pero tú y tu muñeca me habéis caído bien.

—Tráeme comida suficiente para un mes y estaré disponible para ti o tus clientes cuando la noche esté en plenitud, pero a mi niña ni tocarla —le advirtió la mujer con una mirada desafiante.

—Vaya, vaya, lo que hace la necesidad. Hablaré con uno de mis clientes. Él es un viejales sin escrúpulos. A otro no te puedo mandar, todos quieren carne fresca. Quien te va a querer a ti ya, con esa piel como una estera y esa mirada de fiera. Te voy hacer este favor porque me da pena que tu muñeca esté pasando hambre. Yo acompañaré al viejo y te llevaré lo acordado, y mientras tú haces el trabajo como una furcia más yo cuidaré de tu niña.

La noche llegó con su ropaje negro, la luna estaba altanera y no dejaba de brillar en las aguas del mar. Los tejados de las chabolas estaban encendidos por la luz que desprendían los destellos en la hojalata, pero eso solo era una bonita estampa de aquel mísero lugar.

Luka llegó al final de la infortunada barriada. —Aquí es —le dijo a su cliente. La negra te espera. Entra al fondo, estará preparada ya en su catre. Voy a dejar este arroz en la mesa para que repongas fuerzas mañana ja, ja, ja.

La menesterosa picó el anzuelo —se dijo para sí.

Luka se regocijaba de gozo al alzar la cortina del chamizo de Amira, la niña dormía en su jergón. Le retiró el cabello que le tapaba parte de la cara. Ella se despertó y justo iba a gritar cuando él le tapó la boca. —Calladita muñeca, solo vamos a jugar un rato. Mira que regalo te traigo, una muñeca guapa, como tú. Es para que aprendas a desvestirla como yo voy hacer contigo —le dijo, arrancándole la ropa de un tirón.

Ante la luz que entraba por aquel pequeño ventanuco, brillaba un cuerpo delgado y sedoso como jamás había visto. Sus pechos incipientes eran como dos lágrimas que acababan de brotar.

El explotador sin corazón babeó ante tanta belleza, los ojos se le inyectaron en sangre, saliendo casi de las orbitas. Sus grandes manos empezaron a estrujar los nacientes senos sin piedad. Había dado su merecido a muchas zorritas, pero ninguna tan bella como esta pensó. Y se acrecentó la maldad salvaje que llevaba dentro. Su excitación aumentaba por momentos y no esperó por más tiempo. Unas ganas sádicas de posesión le embargaban y no reparó en la cara de angustia de la muchacha.

Amira se revolvió, pero no podía liberarse de ese hombre sudoroso y con olor a alcohol. Tuvo que retener las lágrimas hasta el punto de casi ahogarse en su propio llanto.

Él seguía con la mano puesta en su boca, a la vez que le decía:

—Desde hace mucho tú eres mi muñeca preferida, y ahora que te tengo entre mis manos no te voy a dejar escapar. Recuerda esto Amida, las muñecas nunca lloran. Por lo tanto, calla —le gritó a la vez que la penetraba sin piedad. Estamos jugando, muñequita, y seguiremos con este juego hasta que salga el alba.

Amira estaba obnubilada. Una gran tormenta caía ante sus ojos y un inmenso dolor

había paralizado todo su cuerpo. No entendía nada de ese juego tan brutal. No le gustaba, al contrario, era tan molesto y doloroso que no podía ni mover ni un solo músculo de su aterido cuerpo. Pero ese hombre malo sí que se divertía, y mucho. Tenía la cara roja y sonreía de una forma muy rara. Estaba embobado y necias palabras herían sus oídos. Ella tenía miedo, mucho miedo. El tormento y el dolor calaba hasta el fondo de su corazón.

Al fin, él se levantó casi tambaleándose y le dijo: —Hasta pronto niñata. Y recuerda siempre esto, las muñecas nunca lloran. Nunca lo hacen cuando están conmigo, ¿entiendes...? —y tirándole el ropón de su camastro encima salió.

Amira estaba paralizada. Intentó levantarse con mucho esfuerzo. Tenía que buscar a su tía, pero una fuerte punzada bajo su abdomen la detenía y no la dejaba caminar. Sentía una humedad pegajosa entre sus piernas. Se miró y cayó al suelo, encima de su propia sangre.

Por desgracia estos horrores siguen ocurriendo hoy en día en el ámbito doméstico. Otras niñas son obligadas a mendigar o ejercer la prostitución en garitos donde viven hacinadas. Son muy pocas las familias que denuncian ante la hambruna.

Los políticos no ven o no quieren ver esta barbarie. Algunos policías hacen la vista gorda, ignorando las leyes y apoyando la explotación.

Pongamos cada uno de nosotros nuestro granito de arena, denunciando y apoyando a las asociaciones que luchan por esta silenciosa lacra.

@Victoriana Díaz



Carlos Cubeiro.

Nacido en A Coruña, dedico mi tiempo a la poesía y relatos cortos. He logrado dos premios de poesía. Colaboro con relatos y poesía en varias revistas culturales entre ellas, Masticadores, Innombrable y Galicia (SAF). Principalmente en León y A Coruña.

Andrea y los lobos

Como cada tarde, Andrea se dispuso a salir para ir a casa de su anciana abuela para pasar buenos ratos con ella. Cada vez que iba le llevaba un poco de bizcocho de chocolate y un poquito de licor de arándanos que tanto le gustaban. Andrea leía en voz alta la prensa del día, ya que la vista de su abuela no le alcanzaba para hacerlo.

A cambio ella le contaba a su única nieta mil historias, reales o inventadas. Así las horas iban pasando sin apenas darse cuenta. Tras despedirse con dos besos en las mejillas abandonaba la pequeña cabaña del bosque vestida con su capa negra forrada de borreguillo de color rojo que la protegía del frío. La mayoría de las veces la luna le hacía compañía en el trayecto de regreso a casa.

Una de aquellas visitas se alargó más de lo previsto. La luna llena se reflejaba en el espejo dorado del dormitorio de su abuela mientras el reloj de cuco no tardaría en marcar las doce de la noche. Al salir por la puerta Andrea escuchó a lo lejos el aullido de una manada de lobos. Ella no temía a nada por lo que siguió su camino sin titubeos. A mitad del recorrido la luna quiso ocultarse entre las nubes que amenazaban con una copiosa nevada. En ese instante, seis fulgurantes ojos parecían cortar el paso.

Haciendo caso omiso de su presencia aceleró la marcha. Aquellos lobos enseñaban sus colmillos y gruñían de forma cada vez más amenazadora. Andrea al irse acercando ralentizó su paso para pasar entre ellos. Dos jóvenes lobos se hicieron a un lado cediéndole el paso, sin embargo el tercero se situó en medio de la senda con la intención de enfrentarse a la valiente figura de la capa negra. Al sentir que la joven no le tenía

miedo, la hembra de lobo gris comenzó a retroceder sin dejar de mirarla a los ojos, siguiendo cada uno de sus movimientos. Andrea por su parte seguía con su mirada cada gesto de la anciana loba, como si la quisiera hipnotizar. Durante unos instantes las dos figuras permanecieron inmóviles. De pronto la loba emitió el alarido de terror más desgarrador de los escuchados jamás en aquel bosque. En ese momento y sin perder un solo instante los tres animales huyeron despavoridos como si la imagen que presenciaban fuera algo nunca visto y más amenazadora que la suya propia. Andrea abrió la capa hacia la luna. Luego se miró en las aguas del arroyo cercano y riendo maliciosamente enseñó sus dos brillantes colmillos.

@Carlos Cubeiro



Miguel Ángel Vega

Nacido en 1955 en León- España. Sus estudios universitarios los realizó en Galicia, en la Universidad de Arquitectura de La Coruña.

En el dos mil dieciocho publicó la primera parte de una novela de misterio "LA BAUTA DE ZENDALE" "Susurros del Pasado". Se publicaron algunos de sus poemas en Certamen de la Antología Literaria: "Escritores y Poetas De Camino al Cielo con La Tinta de Mis Huellas".

En Febrero de 2024 publicó su primer poemario "El miserere del Olvido". Colabora con las publicaciones digitales en Masticadores de Letras - Global y Latinos EEUU y con la publicación italiana Alessandria Today, y en su propio blog (Pippo Bunorrotri. com) donde publica su poesía y algún que otro relato. También ha escrito algunos artículos relacionados con su profesión en revistas especializadas y ha colaborado con un compañero en algún libro relacionado con la Historia de la Arquitectura Modernista en Galicia, lugar donde ha vivido durante casi veinte años. Actualmente reside en Valencia, donde se dedica a escribir en su blog y a preparar su segundo poemario, y su segunda novela.

Los amores perdidos

Era un muchacho corriente, en una ciudad de provincias, a esa edad en que la infancia se pierde en el susto de una mirada que te hace temblar y la mayoría de edad que te da esa seguridad de conquistar miradas y mundos parece que está lejana, que la misma es un horizonte difuminado en el tiempo de los sueños. Estaba solo encerrado en mi cuarto con mi terrible dilema -o al menos en aquella época me parecía, aunque luego la vida me ha enseñado que los amores perdidos te hacen llorar y los nuevos te lanzan por la serpenteada ladera de la pasión...- bueno, el caso es que aquella noche nadaba en un terrible dilema. Uno de esos dilemas que a esa edad todo te parece negro y sin razón.

Como digo, estaba solo en mi cuarto a oscuras, con la luz apagada y las persianas bajadas, tumbado sobre mi cama, acurrucado bajo las sábanas, sintiendo como mis ojos se inundaban de lágrimas en la penumbra de la noche, apesadumbrado, tenía miedo, no quería estar en aquella cama, en aquel cuarto, que era el mío, no quería estar solo, y mi sombra no dejaba de hacerme preguntas...

¿Habría una forma completa de resumirlo todo? ¿Por dónde empezar?

Acababa de ser rechazado por la persona a la que quería, la que llenaba mis sueños de inocente adolescente, a la que amaba con locura, o al menos eso creía, me sentía derrotado y no entendía la razón de esa derrota. Cerraba mis ojos empapados, y recordaba una y otra vez lo que me había dicho la causante de mi desconsolado llanto: "Carlos, tú me gustas. Pero no podría llegar a quererte debido a la distancia que nos separa."

Esa fue su respuesta tras preguntarle que sentía por mí, el día que nos despedimos en la playa de la Lanzada. Era un 28 de agosto.

Para mí eso era igual que nada. Existía evidentemente una distancia, pero cada vez que hablaba con ella aunque fuese por carta, era como si estuviera a mi lado. Confieso que yo me enamoré profunda y completamente de ella desde la primera vez que la vi en una foto que me envió, y más después de haberla conocido. -Que ilusa es la inocencia-. Mi objetivo era llegar a conocerla mejor, pero sus sentimientos hacía mí no eran al parecer tan fuertes.

Me metí cada vez más adentro de las sábanas. Era principios de septiembre y las clases comenzaban al día siguiente. Ese era otro de mis dilemas aquella noche. Todos mis compañeros habían decidido estudiar la opción de ciencias, pero yo decidí escoger matemáticas. Así que también me encontraría solo en clase.

La gente en mi instituto era más bien cerrada, si intentabas comunicarte con alguien que no fuese de su grupo, puede que te respondieran bien pero luego te mirarían extraño, lo crea un poco de incomodidad al intentar hacer amistades nuevas. Tampoco es que yo fuese muy hablador, soy más bien tímido con la gente con la que no tengo confianza.

¿Qué hago? Me pregunté en la oscuridad.

Tras un tiempo no contado, apreté más fuerte los ojos y conseguí quedarme dormido. Después de tres meses sin pisar el edificio escolar, resultaba extraño estar de nuevo

ahí en compañía de tanta gente. Todo estaba muy cambiado debido a las numerosas reformas que se habían realizado durante el verano. Me reuní con mi usual grupo de compañeros, pero me encontraba bastante triste como para recibir a todo el mundo con una sonrisa. Mis ojos de color verde se encontraban hinchados por haber pasado la noche llorando, pero conseguí disimular la hinchazón de mis ojos con unas gafas oscuras.

- ¿Carlos qué te pasa? -preguntó Chris preocupado por mi expresión.

-Bueno estoy algo preocupado... Como sabes que estoy solo en clase...

Pedro, mi amigo desde párvulos, me interrumpió. -Carlos ¿Qué tal con Soraya?

Soraya, era la persona que me había destrozado el corazón, era de origen catalán, justo ese día no quería recordar nada de ella. Así que me giré y no respondí. Estaba más pendiente de encontrar algún alumno nuevo que fuese al grupo de matemáticas, para no sentirme solo en clase, al menos el primer día. El tiempo pasaba y la gente iba entrando al edificio, y nadie nuevo aparecía.

Me senté en el suelo, pegando mis rodillas al pecho, y agachando la cabeza. No quería saber nada de nadie. Pero de repente escuché una voz.

- ¿Hola?

Levanté la cabeza al oír su voz, era alguien a quien no conocía. De pelo negro, como el azabache, de ojos color oro añejo, de tez morena y largas piernas, que asomaban bajo su minifalda de cuadros escoceses.

- ¿Quién eres?

- Karen, soy nueva y quería saber a donde debería de ir.

Me levanté de inmediato, haciendo una pirueta en el borde del escalón, mis males desaparecieron en aquel momento.

- ¿De qué curso eres? - Primero de Bachillerato. -contestó.

- ¿Y qué opción has elegido? - Matemáticas.

De repente mi corazón empezó a latir rápidamente, había encontrado a una nueva alumna. Bueno, más bien, ella me había encontrado a mí, pero que importancia ese pequeño detalle.

- ¿Quieres ser mi nueva amiga Karen?

- ¿Qué? Si no sé cómo te llamas.

Lo reconozco, que fue un atrevimiento, y más teniendo en cuenta que soy un tímido.

- Soy Carlos. Carlos Koingh. Mi padre es holandés

En el rato que estuvimos esperando la entrada a nuestras respectivas aulas le conté que también yo me encontraba solo, que se me daba mal eso de comunicarme con la gente. Al parecer me comprendió y me dijo que no me preocupará, nos hicimos amigos rápidamente.

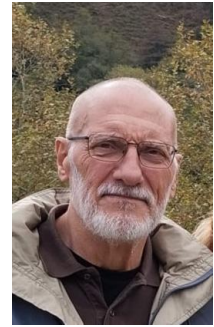
Tras veinte minutos, que me parecieron cortos, nos dieron el paso al salón de actos, una vez sentados en nuestros asientos, tuvimos que esperar a que los profesores y nuestros futuros tutores llegasen y se sentasen ordenadamente en el escenario. Mientras esperábamos, una nueva chica, Alicia, se sentó a nuestro lado. De la que nos hicimos amigos, mientras esperábamos, los tres nos fuimos contando nuestras experiencias veraniegas. De repente pasó a mi lado un profesor.

- Según mi hermano ese profesor es el de historia. -comentó Alicia.

- Pues lo es -dije- Me dio clase el año pasado, y este año también nos dará clase.

"Así conocí a la que sería mi segundo amor, o tal vez deba decir el primero; porque, de una solo recuerdo su ojos, de la otra sus dulces besos, y de las dos sus caóticas despedidas en mis oscuras noches". "Los amores perdidos, de la adolescencia. Son dos efímeras estrellas colgadas en el universo de nuestros recuerdos, a las que de vez en cuando miramos de soslayo".

@Miguel Ángel Vega.- Pippo Bunorrotri



Francisco Pascual

Tengo seis libros publicados y reúno un millar de textos entre los citados libros, novelas cortas, relatos largos y cortos, microrrelatos y un poemario. He obtenido una treintena de premios en diversos concursos. Creo que soy una nueva voz, porque pese a que tengo setenta años, sólo hace quince que comencé a escribir.

Contradicción

Fue a la nevera a por la segunda cerveza. La verdad era que se las había ganado de sobra. Abrió el bote, se repantigó en el sofá y encendió otro cigarrillo. Con los ojos cerrados, queriendo absorber el goce de esos momentos, dio una larga calada seguida de un buen sorbo de la fría rubia. Le encantaban esos instantes de desahogo después de la tensión y contemplar con calma cómo las volutas de humo hacían arabescos en su camino hacia el techo. Las endorfinas, unidas al contenido levemente alcohólico de la cerveza y el período de necesaria abstinencia que se impuso, le provocaban un estado de nirvana difícil de describir. Sonrió mientras recordaba detalles de los últimos meses. Tenía que reconocer que habían sido muy provechosos.

Se dijo que aquello debería celebrarlo como correspondía, le daban ganas de gritarlo a los cuatro vientos; ojalá pudiera correrse una buena juerga, reventar la noche y la ciudad, que fuera todo por los aires. Lástima porque no iba a ser posible, ya la clave residía en mantener el anonimato, en no destacar en nada. Desde luego era una verdadera pena, porque a los ojos de los demás mortales seguiría apareciendo como un ser anodino, gris, que no llama la atención; un número de la Seguridad Social que cumple con sus obligaciones laborales y sus deberes como ciudadano de conducta irreprochable. Lo cierto era que regalarse una fiesta por todo lo grande constituiría para él un serio peligro: correría el riesgo de no saber controlarse, porque, aunque había conseguido dominar su adicción al alcohol hasta cierto punto, sabía de sobra que una vez superado ese límite autoimpuesto, el asunto se saldría de madre y le acarrearía consecuencias

imprevisibles. Recordaba con escalofríos la última vez. Al final no tuvo trascendencia porque estaba entre amigos, entre compañeros de trabajo que lo taparon.

Pagó religiosamente los destrozos en aquel bar donde celebraban la despedida de soltero de uno de ellos, consiguiendo la promesa del dueño de no denunciarle, pero era consciente de que aquel episodio estuvo a punto de costarle caro. Los viejos llamaban a eso tener mal vino; a él se le convertía en vinagre.

Aquella noche, cuando de madrugada se le disiparon los vapores del alcohol, se percató de lo cerca que había estado de enviarlo todo al garete. Pero como no hay mal que por bien no venga, al menos le sirvió para recapacitar y para llegar a la conclusión de que tenía que dejar de una vez ese trabajo tan estresante y dar a su vida un giro de ciento ochenta grados. Después, si tenía paciencia y control de sí mismo, si hacía las cosas bien, sin precipitarse, si dejaba que el tiempo transcurriera y echara tierra encima, llegaría el momento, muy cercano ya, de poder disfrutar de la vida como creía menester hacerlo y como se merecía; es decir, a lo grande. Se lo habría ganado con creces.

Se levantó con pesadez del sofá, estaba mareado, aunque de repente le daba la sensación de flotar en el aire. Demasiadas emociones contenidas, demasiada tensión que de alguna manera tenía que liberar. Todo aquello lo tenía repartido en distintos rincones de su pequeño apartamento. La verdad era que no podría resistir un registro algo minucioso, pero no se fiaba de tenerlo escondido en otros lugares ajenos sin saber que su seguro de vida estaba al alcance de su mano.

Entró en el cuarto de baño y miró la pared de la derecha. La verdad era que a simple vista no se veía nada que fuera sospechoso; siempre fue un manitas para el bricolaje. Tercer azulejo por la izquierda de la segunda fila de arriba. Con un ligero golpecillo en uno de los extremos, cedió. Con cuidado lo retiró. Quedaba un hueco vaciado a conciencia, suficiente para guardar su contenido. Metió la mano y sacó un paño que envolvía algo.

Otra vez esa sonrisa de satisfacción.

La vista de aquellas joyas le causaba hasta mareos. Los conocimientos en la materia que había adquirido con infinita paciencia arrojaron esos impresionantes resultados. También tuvo que aprender a reventar cajas fuertes, pero valió la pena. Instintivamente, pese a que sabía de sobra que estaba solo, miró a derecha e izquierda; sonrió más tranquilo. Envolvió las joyas con sumo cuidado y las introdujo de nuevo en el agujero, colocando a continuación el azulejo. Hasta que acudiera a la cita con el perista

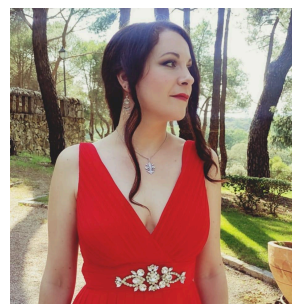
al día siguiente a primera hora no descansaría tranquilo. Estaba seguro de que la cifra tendría por lo menos cinco ceros. Se había informado.

Entró en el dormitorio, apartó la cama y se puso de rodillas. Quinto rodapié a la derecha desde la esquina. La misma operación. Este hueco era un poco más grande. Allí, envueltos en plástico, dormían el sueño de los justos casi doscientos mil euros en billetes de cincuenta. El dinero que faltaba era la pequeña fortuna que tuvo que pagar por el pasaporte y los documentos de identidad y de conducir falsos, confeccionados en un tiempo récord. Nada como tener buenos contactos.

Volvió a colocarlo todo conforme estaba y se dirigió a la diminuta cocina. Debajo de una de las sillas, pegado con cinta adhesiva, había un sobre conteniendo la documentación falsa y el billete de avión para dentro de veinticuatro horas. El destino era Brasil, un paraíso sublime y lo que era más importante: sin acuerdo de extradición con España. Para evitar prisas de última hora, ya tenía el equipaje prácticamente hecho, pero volvió a repasarlo de nuevo. Había aprendido a ser minucioso y repetitivo, y de esa manera siempre le fue bien. Nadie sospechaba de él ni de las veces que lo vieron releyendo sin descanso expedientes de robos antiguos. Si ya se lo decía su estricto padre: leyendo se aprende todo. Cuánta razón tenía. Sin embargo, ahora su viejo no estaría muy orgulloso de él. Abrió el armario ropero empotrado y sonrió con cierta nostalgia. En su fuero interno no dejaba de ser un sentimental. Fueron muchos años y muchas historias que contar a sus nietos, si alguna vez los tenía. Acarició el uniforme, la gorra y hasta el tricornio que solo se usaba en los desfiles. Allí quedarían como testigos mudos de lo que una vez fue y nunca más sería. Miró el reloj. Tenía que intentar dormir. El día siguiente iba a ser crucial, pero aún le daba tiempo a tomarse otra cerveza.

La última.

@Francisco Pascual



Laura Redondo

Nací en Madrid, en el 85. Desde hace tres años compagino mi trabajo con la escritura, formándome de manera autodidacta en el mundo literario. Cultivo la poesía, la novela y el ensayo. Además de publicar en mi propia web, y en mis redes sociales, colaboro en diversos grupos y revistas literarias en formato digital y en papel. He publicado *La seducción de Venus* (abril de 2025) y *Desde los abismos donde habitan mis demonios* (enero 2024)

El deseo como concepto vivo y finalidad constante

El diccionario de la Real Academia de la Lengua considera cuatro acepciones de la palabra "deseo", dos de ellas, "Objeto de deseo" e "Impulso, excitación venérea" claramente identificadas con la libido, no estando las otras dos "Movimiento afectivo hacia algo que se apetece" y "Acción y efecto de desear" muy alejadas de la misma identificación resultando la misma muy lógica pues la palabra "deseo" proviene del Latín Vulgar "desidium", esto es "deseo erótico" y éste a su vez del Latín "Desidia" entendida como pereza o indolencia ya que los antiguos romanos identificaban la ociosidad como madre de la lujuria.

Las definiciones ofrecidas por el Diccionario de la Real Academia de la Lengua parecen considerar al deseo como algo estático que termina al ser satisfecho, pero nada más lejos de la realidad.

El deseo tiene una enorme importancia en el Ser Humano y en su desarrollo individual y colectivo debiendo ser entendido como un ente vivo, y como tal, debiendo ser alimentado y nutrido, pero no única y exclusivamente en el plano físico, como sacia el alimento al hambriento, sino como concepto superior, místico o, para quienes lo prefieran definir de un modo menos abstracto, de forma intelectual y/o emocional.

Únicamente los procesos que se rijan por los posibles infinitos de la mente, nos pueden proporcionar auténtica satisfacción más allá del capricho momentáneo. Esto es, que no se limite la intención a obtener una recompensa inmediata, sino que se dilate el anhelo más allá de haber sido satisfecho.

Por tanto, se ha de buscar aquello que sacie el deseo y, a su vez, lo provoque.

Un ejemplo de este proceso es el arte. La lectura, la audición de música, la contemplación de una obra pictórica... El arte en cualquiera de sus formas nos sacia y genera un nuevo y renovado deseo por satisfacer. Existen, además, múltiples conexiones entre las diversas disciplinas del arte, pudiéndose extender, como ramificaciones de un gigantesco baniano. Así, saciando nuestra sed de literatura, se abrirá, quizá, el apetito cerebral por un hecho histórico que, a su vez, imprimirá en nosotros un profundo anhelo por conocer la vida y obra de un personaje relacionado con el mundo de la música, conduciéndonos, casi de forma irremediable, a buscar con avidez la interpretación de sus partituras, una de las cuales se llegó a interpretar en una obra de teatro o pasó a formar parte de la banda sonora de algún largometraje, que, por supuesto, también queremos conocer.

En este proceso de satisfacer un deseo y generar, al mismo tiempo, una nueva o varias pasiones, existe una constante, deseo/gratificación/deseo que se prolonga en el tiempo proporcionándonos un placer duradero.

Es habitual experimentar una sensación de vacío existencial, más o menos leve: la nada que sustituye a la pasión, después de haber calmado un apetito, porque, en realidad, era el deseo lo que nos impulsaba y, una vez lograda la gratificación, no existe motivo para el movimiento, siendo este la verdadera fuente de placer. Tal es así con los placeres carnales cuando no hay nada más allá del acto sexual ni están implicados más que los sentidos en un plano puramente físico.

Pero, si relacionamos el sexo con cualquiera de las vertientes artísticas, llegaremos a entender que tienen una enorme conexión entre sí, extrayéndose de ambos el mayor gozo durante el proceso del deseo más que en la propia culminación, que solo habría de entenderse como satisfactoria si previamente existió una verdadera pasión y, una vez saciada, ésta es renovada por un nuevo y más impulsivo afán, es decir por un nuevo deseo o por el deseo de profundizar en el deseo. Si el arte está íntimamente relacionado con la sexualidad no es, al menos no únicamente, porque sea un medio de representación de la belleza concreta o abstracta, es porque comparten, además, la característica de ser, no solo la finalidad de la coronación, sino el mismo generador del deseo que inicia la acción o

el movimiento hasta que esté culmina en el éxtasis o finalización de la obra y es nueva y constantemente renovado.

Cuando, erróneamente, consideramos la culminación de la obra como finalidad, estamos limitando de forma inconsciente el placer a través del disfrute en la etapa de desarrollo, esto es, cuando leemos apresuradamente una novela para conocer cuanto antes el desenlace, despreciando, en esa carrera innecesaria, aspectos sumamente importantes y que todo buen lector apreciaría mucho más que la propia historia, como puedan ser la construcción de los personajes, la recreación de las escenas o pequeños detalles que podríamos pasar por alto y que son piezas clave del desarrollo de la narrativa. Cuando realizamos cualquier acción con la única intención de terminar cuanto antes, estamos negándonos, inconscientemente, del camino que recorreremos hasta la culminación.

Desde el punto de vista del artista, del creador, el disfrute durante la evolución de su propia obra adquiere mayor relevancia, pudiendo llegar a sentir la contradicción de la satisfacción en la culminación y la desmotivación en la ausencia inmediata, salvo que no se considere esa coronación como la terminación de la obra sino como un nuevo punto de partida de un renovado proceso creador, siempre inacabado, que consiste en el movimiento del artista en sí mismo y la búsqueda de su perfeccionamiento a través de su obra.

En el plano de la sexualidad, siendo el artista el practicante del acto carnal y considerándose dicho acto su obra, el deseo inicial no debería concretarse en el culmen sino en el proceso de perfeccionamiento que, siendo la perfección imposible de alcanzar por ser un concepto abstracto, aunque tal perfección se tenga como objetivo utópico, se verá siempre renovado, vigorizado por el anhelo de profundizar en el deseo como medio para el refinamiento de ilimitados placeres. Cada culminación será una mínima parte del proceso que contemplará el gozo más allá del cuerpo y del instante en que encumbra el placer. Por tanto, podemos asegurar que el deseo puede ser transformado en deseo y, llevado al plano de la satisfacción intelectual/emocional/física, convertir el simple acto sexual en un verdadero y refinado arte; la búsqueda del perfeccionamiento del ser humano de forma integral, aunando en uno solo los placeres del intelecto con aquellos más carnales y sensuales, logrando así una común-uniión indisoluble entre ambos.

El deseo, no es únicamente el motor que mueve el mundo, es, a su vez, el combustible que mantiene ese motor en marcha. El deseo llama al deseo y se renueva en el deseo.

@Laura Redondo



Elena López de la Cuadra

Soy *Elena López de la Cuadra*, (Sevilla 1966) resido en Úbeda, (Jaén). Formada como maestra de Educación Infantil. Actualmente trabajo como auxiliar de clínica en consulta psiquiátrica.

He publicado: Un cuento para bebés de 0 a 6 años "Un hada paseando por el campo" con la editorial Mr. Momo (octubre 2021), y "En lo más profundo de mi ser" poemario con la editorial Círculo Rojo (diciembre, 2022 y 2ª ed. marzo 2023) Y "Marisa el hada de la sonrisa " Editorial Gunis noviembre 2024.

El Susurro de la Tierra: Aire y el Alma del Mundo

En un rincón del mundo donde los amaneceres pintaban el cielo de tonos dorados y los atardeceres lo envolvían en un manto de púrpura, vivía una niña llamada Aire. Su nombre no era casualidad, pues Aire era tan ligera y esencial como el respirar. Su risa era el viento que acariciaba las flores, y sus pasos, tan suaves, parecían no dejar huella en la tierra. Aire tenía un don especial: podía escuchar el latir del mundo, el susurro de la naturaleza, y entender el lenguaje de los árboles, los ríos y las montañas.

Un día, mientras contemplaba el amanecer desde una colina cercana a su casa, Aire escuchó un gemido débil pero persistente. Era un sonido triste, como un lamento que venía desde muy lejos. Siguió el sonido hasta llegar a la orilla del mar, donde conoció a un ser majestuoso y antiguo: el Mar, quien se presentó con voz grave y cansada.

—Soy Océano —dijo el Mar—, el alma de las aguas, el guardián de las profundidades. Pero estoy enfermo, Aire. Los humanos me han llenado de plásticos y microplásticos. Ya no puedo respirar con libertad, y mis criaturas sufren.

Aire miró con tristeza las aguas turbias y las playas llenas de desechos. Extendió su mano y tocó la superficie del agua, sintiendo la angustia de Océano. En ese momento,

apareció ante ella una figura etérea y luminosa, como una brisa cálida que envolvía todo a su paso. Era Alma, el espíritu de la naturaleza, la esencia misma de la vida en la Tierra.

—Aire —dijo Alma con una voz que resonó como el canto de los pájaros al amanecer—, tú eres parte de mí, como lo son Océano y todos los seres vivos. La Tierra está herida, y necesita de tu ayuda.

Aire sintió un nudo en la garganta, pero también una determinación inquebrantable. Sabía que no podía quedarse de brazos cruzados. Con la guía de Alma y la compañía de Océano, decidió emprender una misión para sanar la Tierra.

****El Viaje de Aire****

Aire comenzó su viaje en los bosques, donde los árboles susurraban historias de tiempos antiguos. Alma le enseñó a escuchar sus quejas: la tala indiscriminada, los incendios provocados, la pérdida de su hogar. Aire lloró al ver troncos caídos y tierras desnudas, pero también sembró semillas de esperanza. Con sus propias manos, plantó árboles jóvenes y les prometió que crecerían fuertes y altos.

Luego, llegó a los ríos, donde el agua solía ser clara y fresca. Ahora, estaba contaminada con químicos y basura. Alma le mostró cómo los peces luchaban por sobrevivir y cómo las plantas acuáticas se marchitaban. Aire, con la ayuda de Océano, limpió las orillas y habló con los humanos que vivían cerca, pidiéndoles que cuidaran el agua, el líquido vital.

Pero el mayor desafío fue regresar al mar. Océano estaba cada vez más débil, y las criaturas marinas sufrían. Aire reunió a los niños de las aldeas cercanas y juntos organizaron una gran limpieza de las playas. Recogieron botellas, bolsas y redes abandonadas. Alma les enseñó a reciclar y a reducir su consumo de plástico. Aire, con su voz suave pero firme, les recordó que cada pequeña acción cuenta.

****El Renacer de la Tierra****

Con el tiempo, los esfuerzos de Aire y sus amigos comenzaron a dar frutos. Los árboles que plantaron crecieron, los ríos recuperaron su claridad y el mar, aunque aún herido, mostró signos de mejoría. Océano sonrió por primera vez en años, y Alma brilló con una luz más intensa.

Una noche, mientras Aire contemplaba el atardecer desde la colina, Alma apareció a su lado.

—Has hecho un gran trabajo, Aire —dijo—, pero el cuidado de la Tierra es una tarea que nunca termina. Debes enseñar a otros a escuchar su latir, a sentir su dolor y a celebrar su belleza.

Aire asintió, sabiendo que su misión continuaría. Prometió ser la voz de la Tierra, el recordatorio de que cada ser humano es responsable de su cuidado. Y así, con el viento acariciando su rostro y el susurro de la naturaleza en sus oídos, Aire supo que nunca estaría sola. Tenía a Alma, a Océano y a toda la Tierra como sus aliados.

Y desde ese día, cada amanecer y cada atardecer fueron un recordatorio de que, aunque la Tierra pueda enfermar, también puede sanar, si tan solo aprendemos a escucharla.

@Elena López de la Cuadra



Vanessa Zamora

Vanessa Zamora (Santa Cruz de Tenerife, 1981) es auxiliar técnico veterinaria, escritora y amante de los animales. Ha trabajado en el mundo de la moda, el cine, la televisión y la peluquería canina. Una rara enfermedad la alejó del ámbito laboral, pero fortaleció su pasión por la escritura y la creación de mundos fantásticos, donde mezcla imaginación, crítica social y emociones profundas.

Jacinto Torquemada Rubiales

Jacinto Torquemada Rubiales, de 38 años, es un avisado y peculiar periodista, audaz y osado. A simple vista, puede pasar por uno de los apuestos caballeros de bien de la ciudad, pero no es oro todo lo que reluce.

Su impulsividad y, en ocasiones, su grosería hacia ciertas personas —como prostitutas, vagabundos o cualquiera que tenga un estatus o clase social inferior al suyo— hacen que hable con un lenguaje soez, vulgar y despectivo. De físico elegante, saludable y de aspecto exquisito, siempre va ataviado a la perfección y a la última moda, incluso en los complementos. Su piel es blanca, perfectamente hidratada, y su vello, castaño. Lleva bigote y barba cuidadosamente arreglados y perfumados, al estilo de Sigmund Freud. Es muy supersticioso y extremadamente escrupuloso, aunque en muchas ocasiones actué sin escrúpulos en su comportamiento cuando trabaja y tiene que hacer un gran esfuerzo.

Es también maniático: dependiendo del día que vaya a tener, usa un bastón u otro, al igual que sombrero y reloj de bolsillo. Tiene muchos donde elegir y casi nunca repite. Es vanidoso, egocéntrico y detesta que le lleven la contraria. Una auténtica joyita, vaya. Es un periodista muy oportunista, todo hay que decirlo. En cuanto se entera de algún

chisme de la clase alta de la ciudad —políticos, banqueros, señoritos de alta alcurnia—, ahí está él. Cuando alguno de estos ciudadanos se mete en problemas turbios o recibe una denuncia o querrela —en su mayoría, por temas relacionados con la prostitución—, aparece Don Jacinto con su cámara de fotos y su bloc de notas. Las técnicas que utiliza (muy a su pesar, ya que se diría que hace de tripas corazón) cuando tiene una nueva habladuría cierta son meterse e involucrarse de lleno en la supuesta defensa, cueste lo que cueste. Sabe que su físico puede ayudarle a conseguir lo que se proponga; solo tiene que camuflar o disfrazar su forma de ser y procurar no hablar en ciertos momentos ni con determinadas personas. Al menos reconoce —aunque le cueste— que, a veces, se le va de las manos su verborrea déspota, clasista y racista.

Ricardo Montenegro quiso darle una oportunidad para trabajar en su revista a Torquemada, por la estrecha amistad que mantenía su difunto padre con don Rodrigo Torquemada. Montenegro no le caía en gracia Jacinto, pero únicamente lo mantenía en la revista porque pensaba que a su padre le habría gustado. Cada tarde, Don Jacinto iba al Café Central a desconectar, tomar algo, charlar con “amigos influyentes” y observar a Sofía Montiel, de la que estaba completamente enamorado. Fantaseaba con ella, imaginando todo tipo de juegos sexuales y soñando con el día en que, por fin, se atreviera a invitarla a cenar. En realidad, Jacinto no tenía ningún amigo. La mayoría de esos “amigos” que él creía tener no lo soportaban, pues nadie aguantaba sus aires de grandeza ni compartía sus inquietudes. Simplemente le seguían el rollo para quitárselo de encima cuanto antes.

Esa tarde, Don Jacinto había acordado una cita con Coral, la prostituta que había denunciado al señorito, hijo del conde de Lozoya, después de prestarle sus servicios. El periodista pensaba hacerle una serie de preguntas acerca del tiempo que pasaron juntos.

—Muy bien, Coralita bonita —dijo el abogado en tono burlón—. Cuéntame, ¿por qué diantres le pusiste una denuncia al señorito hijo del conde? Si se puede saber... —preguntó grotescamente.

—Pues mire usted, señor informador. Resulta que, al haber pagado mis servicios, ese señorito se creía mi dueño y señor y pensaba que podía hacer conmigo lo que quisiera y le viniera en gana —contestó Coral, ingenua, sofocada y angustiada, pensando que Don Jacinto podría llegar a ayudarla en algún momento.

—Ah, ¿y no es así, preciosa? —respondió Jacinto con una risa burlona, alcanzando su pecho con descaro.

—¡Pero qué se cree usted, descarado! —exclamó Coral, indignada, dándole un manotazo en la mano.

—Vaya, imenudo genio! Para ser una putilla, deberías ser más sumisa, porque como trates así a los clientes... no sé yo... —replicó el periodista, dolido por el golpe y con una sonrisa burlona dibujada en el rostro. Mientras Coral se levantaba para marcharse, Don Jacinto le tomó la mano con rapidez y delicadeza, y, haciendo un esfuerzo, le pidió disculpas. La invitó de nuevo a sentarse para continuar la charla, intentando camelársela con sus mejores palabras y controlando su desprecio hacia ella. Le regaló los oídos con halagos, solo con el fin de acostarse con ella sin tener que pagar sus servicios. Le prometió que la ayudaría en todo lo que pudiera, que no se preocupara por nada, pues él se encargaría de que no le pasara nada malo. Por supuesto, Jacinto tenía claro que no iba a mover un dedo por ella, ni perdería su valioso tiempo en aquella prostituta.

Coral, ingenua y confiada, accedió a satisfacer a Don Jacinto. Él, para conseguir salirse con la suya, solo tuvo que pensar e imaginar que la chica era Sofía Montiel. Al terminar, su arduo día de trabajo habría acabado, y después iría al Café Central a tomar algo, desconectar, charlar con sus "amigos influyentes" y, mientras tanto, observar a Sofía, imaginando el día en que se atrevería a acercarse a ella para invitarla a cenar.

Jacinto era un auténtico caradura, y con cada nuevo caso que tenía —casi siempre con prostitutas del mismo prostíbulo— aprovechaba la situación para acostarse con ellas. Habían transcurrido varios meses, y el periodista ya se había beneficiado a casi todas las chicas de la casa de citas. Tan solo la madame y dos chicas más habían escapado de sus sucias y sobonas manos.

Cuando llegó el día del juicio, Don Jacinto ya había redactado todas las noticias para entregárselas a Don Ricardo. Se había convertido en un aclamado y famoso periodista al que todos querían contratar. Siempre había pensado que el fin justifica los medios, sin importarle el uso de sus despreciables artimañas. Lo reclamaban desde diferentes editoriales de ciudades de toda España, siempre por asuntos relacionados con la prostitución, entorno en el que se había hecho famoso, reconocido y aclamado. Se decía de él que siempre parecía saber o ir varios pasos por delante, y que lograba "pintar" a los acusados como verdaderos corderitos o mártires. Al parecer, Don Jacinto pretendía beneficiarse de gran parte de las rameritas de la península utilizando sus despreciables, egoístas y ruines métodos, y todo ello sin soltar una sola perra chica.

Desde hacía un par de semanas, Jacinto llevaba escuchando rumores sobre un supuesto violador y asesino en serie de prostitutas en Inglaterra. Este homicida misógino, al parecer, solo asesinaba a mujeres, especialmente a fulanas. Tenía la mosca detrás de la oreja y necesitaba escuchar en la radio y leer todas las noticias que tuvieran que ver con aquel hombre.

Según los informes, el asesino seducía a sus víctimas, las engañaba y les prometía cosas imposibles de realizar debido al sentido común, pues eran inviables en una sociedad cristiana y religiosa de la época. Cuando lograba ganarse la confianza de las mujeres, las llevaba a un lugar lo suficientemente apartado de la ciudad para que sus gritos no fueran escuchados por nadie. Allí las violaba repetidamente, les echaba ácido en la cara, les amputaba todos los dedos e incluso les mutilaba los pechos, para finalmente rajarles la garganta. Luego les sacaba las entrañas y abandonaba los cuerpos lejos de la mano de Dios. Una auténtica barbarie. Después del último juicio que tuvo Jacinto, ya había pasado un mes y el periodista permanecía sin trabajar en ningún caso, porque antes de nada quería informarse a fondo sobre aquel turbio asunto y esos crímenes. En realidad, Jacinto sentía una total admiración hacia el asesino.

Durante ese tiempo alejado de los cuchicheos y, después de haberse empapado bien del asesino de prostitutas y conociendo de primera mano el funcionamiento de la ley, él como famoso y laureado periodista Jacinto había decidido empezar a cometer los mismos crímenes que su ídolo y llegar a conseguir salir impune, de hecho, pensaba hacerlo siendo en extremo meticuloso y actuando con cautela sin dejar rastro ni huella alguna. Trabajaría para el editor sevillano fingiendo que llegaría hasta el fondo en todos los nuevos casos que salían a la luz y que él mismo se encargaría de encontrarlo y descubrirlo. A Jacinto siempre le fascinó la idea de ejecutar y poner en práctica la muerte causando dolor. Ahora quería y necesitaba experimentar con personas, ya que con los gatos callejeros se le quedaba pequeño y se le hacía aburrido. Daría el siguiente paso y subiría de nivel.

El corresponsal pronto empezó a ser requerido en ciudades próximas a Madrid: Toledo, Guadalajara, Segovia... En todas ellas ponía en práctica todos sus anhelos más oscuros y malvados. Los ejecutaba cada vez con más destreza y maestría. En Toledo, se estrenó como asesino de prostitutas, ya que fue contratado para cubrir una noticia del alcalde Talavera. Pero eso no le impedía ejercer su doble trabajo de periodista y asesino. Al revés, lo usaría para ganarse la confianza del resto de las fulanas. Comenzó concertando una cita con la puta que había contratado el alcalde y después de hacer el paripé de las preguntas pertinentes, comenzó su carnicería. La mujer en cuestión escaparía de su tortura, pero dos de sus compañeras no correrían con la misma suerte. Con la primera no actuó de la misma manera que hizo el asesino del que se había estado informando. Se

convertiría en su imitador, aunque incluyendo nuevas técnicas de cosecha propia. La violó en repetidas ocasiones, a esta acción añadió sellarles la boca con cinta de embalar y taparle la cabeza con un saco para que la víctima, en caso de escapar de sus manos no supiera hacia dónde la había llevado y no consiguiera huir.

Le decía a la mujer que quería practicar un tipo de juego sexual exclusivo con ella para que le creyera, cosa que le decía y hacía a todas sus víctimas poniendo su voz más sensual y con la que todas caían rendidas a sus pies encandiladas y deseosas. Después de violarla, comenzaba la tortura. Recordó el nylon con el que había amputado el dedo a su hermana y lo efectivo que fue y también lo incluyó en sus técnicas. Le amputó todos los dedos para luego hacerlo también con la lengua usando una navaja suiza, ayudándose de unas pinzas para sujetarle la lengua. A continuación la estranguló usando el mismo nylon que había usado en las amputaciones para finalizar extrayéndole las entrañas. Toda esta masacre la efectuaba usando guantes quirúrgicos para no dejar huellas ni tocar su apesosa sangre. Después arrastró su cuerpo hasta unos matorrales, abandonó el lugar y se fue a su hotel. Quería y necesitaba darse un baño relajante y reparador con sales minerales e hidratantes.

Al día siguiente quería prepararse bien toda la supuesta información que había conseguido recabar durante los días que le pidió a Montenegro para cubrir la noticia y entregarle una buena información, como acostumbraba a hacer. El crimen de la segunda víctima del mismo burdel, lo efectuó exactamente igual al primero, salvo el lugar, llevándose a la chica hasta Cardiel de los montes, muy cerca de El embalse de Cazalegas y añadiendo un plástico para envolver el cuerpo y así poder trasladarlo.

Cuando finalizó el segundo asesinato, habiendo pasado tan sólo un par de días de su último crimen. Envolió el cuerpo en el plástico incluyendo unas pesadas piedras para conseguir hundir a la víctima y lo ató a conciencia con la cinta de embalar, lo llevó en el maletero hasta un pantano que había cerca del embalse y lo lanzó por un abrupto barranco hasta hacerlo llegar al agua. Al día siguiente partiría de nuevo a Madrid con una magnífica información para entregarle a Don Ricardo y con sus dos primeros crímenes a sus espaldas.

Si su padre siguiera vivo, sentiría vergüenza de su hijo. Rodrigo Torquemada fue un gran empresario, pero no siempre fue así. En su juventud trabajaba de sol a sol para varios señores acaudalados, con el objetivo de conseguir montar su pequeño negocio y ganar lo suficiente para crear una nueva línea de tranvías para la Villa de Madrid. Logró diseñar un tranvía mejor, más moderno, seguro y ligero, que pronto otras ciudades españolas

quisieron adquirir. Era un auténtico visionario y un adelantado a su época. Todo esfuerzo merece su recompensa, y fue a partir de ahí cuando comenzó su imperio.

Al poco tiempo, conoció a Margarita Rubiales, hija de un banquero. Llevaban un noviazgo de un par de años antes de pasar por la vicaría. Se casaron en la Catedral de la Almudena. A Don Rodrigo le iban las cosas en la vida como siempre había soñado.

Compró un palacete en el que viviría la bonita familia que estaba a punto de formar. Doña Margarita y Don Rodrigo tuvieron cinco hijos: Rodrigo, Jacinto, M^a Teresa, Ernesto y Julián. Todos fueron educados bajo la fe cristiana. La familia asistía a misa todos los domingos, los niños acudían a los mejores colegios y nunca les faltó nada. Tenían todo el amor, cariño y comprensión de sus padres. Sin embargo, había algo diferente en Jacinto respecto al resto de sus hermanos. Su completa apatía y desgana al realizar actividades o juegos en equipo eran como luchar contra una causa perdida. Su forma de jugar era muy brusca, y más de una vez alguno de sus hermanos acababa en el médico. De hecho, en una ocasión, tras una disputa con su hermana M^a Teresa, Jacinto le amputó el dedo anular con el nylon que usaba para pescar. Mientras lo hacía, le decía que así ya no podría casarse nunca, ya que estaba cortando el dedo anular de la mano derecha. Luego, cuando llegaron los padres, mintió diciendo que solo intentaba ayudarla, que estaba haciendo sus deberes cuando la escuchó gritar y pedir auxilio. Alegó que, al estar solos, acudió a socorrerla. Tenía muy mal perder y, cuando ganaba, lo hacía incumpliendo las reglas del juego. Muchas tardes se colaba en la casa vecina porque su dueña dejaba comida en el jardín para los gatos callejeros. Sin embargo, lo que realmente le gustaba no era estar con los gatos, sino "jugar" con ellos. A los gatos adultos que se dejaban coger y eran mansos, les rompía las patas traseras, y a los pequeños los estrellaba contra un muro de una patada, acabando con sus vidas de manera brutal.

Luego volvía a casa como si nada hubiera pasado, cenando tranquilamente. Si Margarita le preguntaba por su tarde, siempre respondía con una sonrisa malévolamente que había estado jugando al fútbol con sus amigos. Tenía a su madre completamente engañada respecto a su verdadera personalidad. Solo su hermana y su padre percibían algo extraño y oscuro en Jacinto. Había en él una oscuridad desconcertante, una ausencia total de afecto hacia cualquiera, salvo por su padre, a quien adoraba profundamente. Nunca fue cariñoso ni tuvo amigos en el colegio o la universidad. Siempre estaba inmerso en los libros, dedicado a sus estudios de periodismo. Su ambición era convertirse en alguien importante en la sociedad, un nombre que la gente recordara para siempre.

Cuando Jacinto llegó a Madrid procedente de Toledo, entregó el dossier con su trabajo a Don Ricardo y se tomó unas vacaciones. Estaría un par de semanas sin buscar ningún tipo de información, limitándose a comprar periódicos y escuchar la radio para mantenerse al tanto de las noticias. Los informativos hablaban del cuerpo de una mujer joven

encontrado en un descampado, escondido tras unos arbustos en Toledo. La víctima estaba en condiciones terribles y escalofriantes. También informaban de que el escenario del crimen y sus perímetros estaban totalmente limpios, sin huellas para analizar. Los ciudadanos de Toledo estaban muy asustados, especialmente las mujeres, que no se atrevían a salir solas a la calle. El informador no cabía en sí de júbilo. "¡Qué bien había salido todo!", pensó Jacinto mientras sonreía de manera maliciosa. La segunda víctima de Torquemada aún no había aparecido, lo que le daba más tiempo a su favor. Esa tarde iría a celebrarlo al *Café Central*, ya que hacía tiempo que no veía a Sofía Solo con observarla, le venían a la mente nuevas fantasías sexuales y criminales para poner en práctica en sus próximos encuentros con futuras víctimas.

Jacinto saludaba a quienes consideraba sus amigos y fanfarroneaba con ellos mientras tomaba un whisky con hielo en la barra, pero no apartaba su mirada de Sofía, observándola detenidamente y deleitándose de manera obsesiva. Desde que Jacinto había entrado al local, un caballero lo observaba sin perder detalle de sus gestos, miradas y movimientos. Este hombre no era otro que el mismísimo comisario jefe Rufino Santamaría. Había empezado a interesarse por Don Jacinto debido a su comportamiento peculiar y la fama que había alcanzado. Le llamaba la atención cómo trataba con desprecio a los camareros o a cualquiera que no tuviera su misma clase social. Al comisario también le inquietaba la manera lasciva y sádica con la que Jacinto miraba a Sofía Montiel, mostrando una obsesión evidente y una rabia contenida cada vez que algún hombre conversaba con ella. Rufino comenzó a investigar sobre él, intrigado por cómo siempre conseguía la mejor y más clara información. Algo olía mal, y su intuición le decía que había algo oscuro en ese hombre. Al profundizar en su vida personal, descubrió que Jacinto no tenía a nadie

cercano: sus padres y su hermana habían muerto hacía mucho tiempo, y sus hermanos vivían desde hacía años fuera de Madrid. Rufino decidió que, a partir de esa tarde, iba a seguirle muy de cerca.

Al salir del *Café Central*, Jacinto optó por ir en su Mercedes-Benz SSK hasta la zona de Casa de Campo, donde sabía que había mujeres que ejercían la prostitución. Se había excitado sobremanera mirando a Sofía y necesitaba desfogarse, desahogarse y llevar a la práctica nuevas técnicas de martirio que se le habían ocurrido. Quería darse un homenaje y celebrar lo bien que le había salido todo en Toledo. Jacinto dio varias vueltas al recinto buscando y decidiendo cuál de las ramereras era la elegida.

Lo que él no sabía es que Rufino estaba siguiéndole. Cuando por fin se decidió por una mujer, esta se le acercó contoneándose. El periodista aparcó su lujoso coche para adentrarse con la mujer entre la vegetación. Jacinto iba murmurándole al oído las palabras que a una mujer siempre quiere que le digan. El redactor sabía perfectamente

lo que debía decir y hacer para llevársela a su terreno. Estando ya lo suficientemente alejados de la carretera, este le decía y prometía que aquella noche no iba a poder pagar sus honorarios, porque se había dejado la billetera en su casa y que no se preocupara, porque para la próxima vez le pagaría el triple. La mujer accedió de buena gana pensando en el dinero y en que aquel cliente parecía merecer la pena. Quedó encandilada con él. Jacinto tendió a la fulana en la hojarasca y a continuación empezó a embestirla sin miramiento alguno, tanto por delante como por detrás, mientras le tapaba la boca. A todo esto, el comisario lo observaba todo escondido tras los árboles, pero no pudo distinguir si la estaba forzando ya que no había notado nada extraño, aunque no lo descartaba. Seguiría investigándole. Mientras Jacinto violaba en repetidas ocasiones a aquella mujer. Se percató de que estaba siendo observado y no pudo concluir el asesinato. No quería, ni mucho menos podía permitirse el lujo de que nadie le viera si quería continuar con sus atroces y macabros crímenes.

La infancia y juventud de Rufino Santamaría siempre estuvo marcada por la tristeza y la impotencia, ya que nunca se supo nada del paradero del hombre que había asesinado a su madre. Ella trabajaba día y noche para que a su amado hijo no le faltara nunca de nada. Se dedicaba a la costura para las señoras de la ciudad y por la noche vendía su cuerpo y compañía a los señores más acaudalados. Hasta que un fatídico día, no volvió. En su lugar vino la policía a informarle al joven Rufino, que su querida madre había sido encontrada muerta, asesinada por un hombre. La policía alegaba que por el estado que presentaba su madre había estado sometida a auténticas barbaries y que al parecer al supuesto asesino se le había ido de las manos.

El chico fue entregado a un hospicio y Rufino se prometió que de mayor vengaría la muerte de su madre y se encargaría de proteger y velar por la seguridad de todas las mujeres.

Habían pasado un par de días cuando Jacinto regresó a la Casa de Campo. Al anochecer, después de un rato buscando a la puta a la que no pudo matar, porque alguien le observaba, se dirigió a ella con su mejor sonrisa y le dijo con voz seductora- hola a preciosa, estaba buscándote, porque sólo tú sabes hacer lo que más me gusta- aduló y mintió a la pobre chica, que en cuanto le vio, intentó disimular la cara de embelesada e ilusionada- además, lo prometido es deuda, te pago el triple por tus servicios prestados. - indicó el periodista a la mujer. Ambos se adentraron en la vegetación y Jacinto dio paso a su esperada, deseada y anhelada matanza. Esta vez fue más cuidadoso a la hora de no dejar ningún rastro. A este nuevo crimen, incluyó rociarle la cara con ácido, pero esto lo dejaría para el final. Comenzó violándola en repetidas ocasiones, forzándola, actuando con cada vez más violencia y agresividad. Cuando la chica estaba lo

suficientemente débil y casi desfallecida, le amputó todos los dedos, mutiló sus pechos y le lanzó el ácido a la cara. Una vez muerta le rajó el abdomen y le sacó las vísceras. Después escondería el cuerpo en un hoyo cercano, este lo cubriría de tierra, piedras y ramas para ocultarlo mejor y se marcharía abandonando el cuerpo escondido y llevándose el dinero que horas antes le había entregado. Ese socavón le había venido que ni pintado.

Pasada una semana de su brutal asesinato, Jacinto siguió actuando como siempre. Compró los periódicos, escuchó la radio, para comprobar si seguía teniendo vía libre para campar a sus anchas y planear futuros asesinatos. Todavía le quedaban varios días de vacaciones. Las noticias hablaban del cuerpo de una mujer encontrado en las inmediaciones del embalse de Cazalegas. Unos bañistas alertaron a las autoridades de que habían encontrado el cuerpo en la orilla de un pantano envuelto en unos plásticos ya raídos. La víctima presentaba unas condiciones infrahumanas y casi en descomposición. Tampoco encontraron huellas algunas.

Al escuchar la noticia a Jacinto le cambió la cara, a pesar de las barbaridades que había hecho. Se mostraba impasible e incluso excitado ante lo que había conseguido hacer. Su rostro mostraba cierto nerviosismo. No quería perder la calma, así que actuó como si nada y retomó su rutina diaria. Aunque actuaría con bastante más calma. Mientras, el comisario Santamaría, que estaba al tanto de las noticias, enseguida cayó en la cuenta de que el periodista había estado en Toledo por trabajo hacía dos semanas, coincidiendo con las muertes de las víctimas encontradas y ató cabos, la sospechas que tenía sobre él podían llegar a ser ciertas. Demasiada casualidad le parecía. Así que urdió un plan de seguimiento policial. Él mismo de hecho se encargaría de ser su sombra.

Era 5 de Diciembre y Jacinto se había propuesto finalizar el año con cinco víctimas a sus espaldas, con lo que le faltan sólo dos y quería efectuarlo cuanto antes. No debía dilatar más el tiempo, ya que ni podía ni debía levantar sospechas hacia él. Su siguiente víctima sería una mujer a la que veía con frecuencia en el Café Central. No era prostituta, aunque según él, se comportaba como una fulana. Se acercaba y charlaba con todos los hombres del Café, intentando seducir al que fuera. Con él mismo, lo había intentado infinidad de veces, rechazándola siempre. Esta vez se encontró a la mujer a plena luz del día, la invitó a tomar café y a dar un paseo en su lujoso coche hasta el Parque del Retiro, donde darían un buen paseo para conocerse mejor. Jacinto le decía eso y muchas otras cosas para camelársela. A dicho parque sólo tenían acceso los miembros de la familia real, nobles, condes y personas importantes de la sociedad.

Jacinto recordaba su último crimen en la Casa de Campo que alguien le vigilaba, por eso quiso cambiar de lugar. Sea quien fuere no sospecharía. Jacinto se adentró con la mujer y empezó a dar rienda suelta a todo con lo que había estado maquinando estos últimos días. Maniató a la mujer, la forzó y violó varias veces y procedió con su tortura habitual, amputación de dedos y pechos, incluyendo esta vez también la lengua y a continuación el ácido en rostro. La estranguló con su sedal de nylon, que se había convertido en su mejor y más fiel amigo y arma, para a continuación abrirla en canal y sacarle las vísceras. Siempre con sus guantes de látex puestos, para como siempre, no dejar huellas. Una vez terminado su asesinato, se dirigió a una fuente del parque, se lavó las manos y abandonó su cuerpo para dirigirse en su coche hasta el Café Central.

El comisario había seguido a Jacinto hasta el parque, pero tuvo que esperar en el coche porque él no podía acceder. Cuando al cabo de unas cuantas horas le vio abandonar sólo el parque se confirmaron sus sospechas, aunque hasta que no apareciese el cuerpo no tenía como corroborarlo. No le quedaba otra opción más que continuar siendo su sombra. Tarde o temprano caerá, pensó Rufino, que tenía la certeza de que conseguiría detenerlo.

Habían pasado unos días desde la carnicería de El Retiro. Las noticias informaban y alertaban sobre el asesinato. Había sido cometido por un auténtico salvaje, sádico y completo animal, sin ningún tipo de moral, ni escrúpulos. Decían del asesino, que debía ser un hombre culto y experto en crímenes y lo relacionaban con las muertes de Toledo, por la similitud de los horrores que realizó a las víctimas. Esa tarde-noche, Jacinto decidió quedarse en casa a descansar y planear la que sería su última muerte del año. Quería que fuese la mejor de todas.

Rufino Santamaría decidió hacer guardia en su coche en frente del palacete de Don Jacinto. No iba a permitir que pudiese acabar con la vida de otra mujer, pues sabía que no se equivocaba con el redactor. Era un rufián, calculador, mentiroso compulsivo, enfermo mental y asesino. A los tres días, Jacinto decide que había llegado el momento de poner el broche de oro a su maquiavélica obra de arte y se decidió por ir de nuevo a la Casa de Campo, ya que era tan grande que tenía claro, que nadie lo vería si se adentraba en la vegetación. Lo que no sabía Jacinto, es que había alguien que sentía la obligación y el compromiso de acabar con la persona que estaba originando estas trágicas y horrorosas muertes de mujeres. Siguió al periodista manteniendo la distancia entre los coches, para que este no sospechara nada. Sabía a dónde se dirigía. Llegó primero Jacinto y después de haber elegido a su próxima víctima se dispuso a empezar sin más premura. Ya entre los árboles y arbustos, le arrancó la ropa con violencia y comenzó a violarla sin parar. Con salvajes y brutales embestidas. Mientras, a todo esto.

Rufino encontró por fin su coche. Lo aparcó a su lado y echó a correr en busca del periodista y la pobre mujer. Los buscó con auténtica desesperación, hasta que fue alertado por los gritos desgarradores de auxilio de la mujer. Jacinto ya había amputado los dedos de una mano y como se estaba poniendo bastante nervioso, optó por ponerla de pie y rodearle el cuello con su inseparable sedal.

—¡Arriba las manos, Jacinto Torquemada Rubiales! ¡Deténgase ahora mismo, queda detenido! —vociferó Rufino, apuntando con su pistola.

Jacinto, al verse descubierto, apretó con más fuerza el sedal alrededor del cuello de la mujer, decidido a liquidar a la desfallecida prostituta cuanto antes. Sin embargo, un disparo certero resonó en la espesura, atravesando el torso del asesino y acabando con su patética y enfermiza vida. El comisario Santamaría había cumplido la promesa que se hizo de pequeño, cuando la policía le dio la triste noticia del asesinato de su madre. Esta vez había logrado salvar a la maltratada mujer, cuya vida pendía de un hilo. Inmediatamente fue trasladada al hospital más cercano, mientras Rufino permanecía en el lugar, observando el cuerpo de Jacinto y sintiendo una mezcla de alivio y desolación.

Jacinto Torquemada murió en el hospital esa misma noche. El caso conmocionó a la opinión pública, y Rufino Santamaría fue aclamado por detener al asesino en serie. A pesar de la victoria, el comisario no podía evitar pensar en su madre y en todas las mujeres que no había podido salvar. El periodista, que aspiraba a ser recordado por su nombre, finalmente lo consiguió, aunque no de la manera que él deseaba.

Finalmente, el asesino en serie que había sembrado el terror en la ciudad y alrededores había caído, y con él se cerraba un oscuro capítulo que nunca debería haber existido.

@Vanessa Zamora



Concha Mora Olmedo

Nací en Madrid, España, en 1963. Soy licenciada en Geografía y postgraduada en Biblioteconomía y Documentación. Trabajo desde los 15 años. He desempeñado numerosos trabajos, sobre todo en el ámbito editorial. Actualmente trabajo como encuestadora.

Cultivo la escritura creativa prácticamente desde que aprendí a escribir. Desde 2016 he obtenido diecisiete premios literarios, he quedado finalista o con mención de honor en unas cuarenta ocasiones y me han publicado otros setenta relatos o poemas en distintas antologías o revistas literarias y páginas web. En 2022 publiqué mi primer libro de relatos con la editorial ACEN.

La última noche

La luna se levanta sobre la oscuridad del bosque impenetrable mientras tu corazón se encoge al compás de tus lúgubres pensamientos. "¡Qué ingenuos —piensas— son los hombres!; se agarran siempre a la esperanza de un futuro mejor, sin razonar que todo depende del azar y que, por mucho que uno haga para que todo salga bien, el destino juega sus bazas y puede desbaratar hasta los planes más idóneos. Yo sé que me espera un futuro negro, aunque realmente sé que esto es también una falacia".

"¡Qué sola me encuentro! No puedo compartir estos pensamientos con nadie". Te acercas a la ventana, fuera un silencio angustioso envuelve el paisaje. Nadie, nadie, nadie. El silencio abrumador se enreda en tu alma, un silencio helado que encoge tu corazón y llueve sobre tus ojos. Nadie hay en tu casa y nadie camina en el paisaje. "De todas maneras —piensas— tampoco me agrada la compañía de nadie. A todos saco algún defecto demasiado grave como para soportarlos".

Te gustaría volver a ser niña, cuando te llevabas bien con todo el mundo y eras tan

querida por todos. ¡Qué diferencia entre la cantidad de personas que antaño te rodeaban y la soledad de hoy en día! Tú sientes la desolación del paisaje nocturno rodeando tu pecho. Sigues mirando por la ventana, esta noche la luna, ya alta, ilumina el sombrío bosque de frondosos árboles. Solo los espectros que pesan sobre tu alma habitan en la espesura. Te estremeces una y otra vez; ¡es tan grande tu soledad! Ni siquiera los amigos de tu infancia se acuerdan de llamarte y hace ya muchos años que no haces nuevos amigos.

Ya has escrito las cartas. Es lo que has visto en tantas películas. Pero en tu caso, ¿quién va a notar tu ausencia? Tus hermanos nunca te llaman y tu expareja ha rehecho su vida. Es por ello que has decidido llevar las cartas encima.

Si al menos no tuvieras tanto miedo. El sitio al que vas es tan desconocido... pero es tan fuerte el deseo de verte liberada de ese dolor que te atenaza que superarás el miedo.

Fuera hay frío, mucho frío, así es que te envuelves en el abrigo más espeso que tienes, coges las cartas y te las guardas en un bolsillo. Tomas el coche y conduces bordeando el bosque hasta llegar a una carretera principal. Mientras tú sigues inmersa en tus siniestros pensamientos yo he oído el despertador y me he levantado. Son las seis de la mañana de un frío día de invierno y aún no ha amanecido. Termino de asearme y vestirme y salgo de mi casa para dirigirme a la única cafetería del barrio que está abierta a estas horas. La resaca de la noche pasada se va disipando al ritmo que voy bebiendo el humeante café con leche cuyo calorcito me recorre las venas.

Mientras yo estoy en el café tú vas llegando a la ciudad y sobre las aceras mojadas se va levantando el sol. Un frío helador de muerte te muerde la columna mientras bajas del coche y diriges tus pasos hacia el puente. Los ojos se te llenan de lágrimas mientras el dolor te lacera el corazón.

Tienes mucho miedo. Vas a tomar una decisión irrevocable. Diriges tu mirada hacia el vacío y sientes un vértigo desbocado. Si pudieras dejar de sentir ese dolor... el fondo del precipicio te llama; parece decir tu nombre. Avanzas un par de pasos, miras al fondo, te aprietas contra el pretil, sigues mirando hacia el vacío, estás a punto de saltar. Te sientas sobre la barandilla. El fondo sigue llamándote. El dolor es más intenso. El miedo te acompaña, sigues mirando al precipicio. El corazón se acelera. El aliento se hiela. En ese instante una mano se posa sobre tu hombro y tú te vuelves sobresaltada.

-¿No estarás pensando en lo que temo? -te pregunto.

-Bueno, em, yo, esto -titubeas.

-Te invito a un café -se me ocurre decirte.

Tú aceptas. Por ahora hemos conjurado el peligro. No me atrevo a interrogarte y tú no despegas los labios. Yo no puedo dejar de preguntarme qué es lo que te habrá impulsado a dar ese paso. Tú estás en una nube, como si te acabaras de despertar de un sueño. El dolor sigue dentro de ti, pero ahora el miedo se ha calmado y ya no sientes tanto frío. Quisieras hablar, quisieras que alguien te escuchara, pero no te atreves. Hay algo en tu interior que te pone una mordaza en la boca. Algo que provoca que no puedas transformar tus pensamientos en palabras. Yo no sé qué decirte. En realidad el paso que he dado ha sido imprevisible, yo no suelo meterme en la vida de los demás y ahora casi estoy arrepentido pensando que a lo mejor no piensas lo que creo. A lo mejor eres una loca peligrosa. El silencio se abre entre nosotros, un silencio denso e impenetrable como el del bosque que han visto tus ojos esta mañana. Te miro a los ojos y siento el vértigo del dolor que te inunda y que se desborda en tus párpados y entonces te escucho con palabras silenciosas y puedo comprender todo. Tú sientes al mirarme cómo tu dolor se hace más liviano y ya no notas el frío que envolvía la noche.

Sobre la ciudad helada va amaneciendo lentamente y una figura triste y sola avanza hacia el sol recortada en el horizonte.

@Concha Olmedo



Pilar García Torres

Soy de Madrid, llevo toda mi vida escribiendo, mi vida laboral ha sido la mayor parte como defensora de los derechos de las personas trabajadoras en CCOO.

Tengo editado un poemario *Habitando el Mar* y participado en dos Antologías *Poetas de la mar 2024* y *Poetas en diálogo, Madrid y Andalucía en verso*. Participó activamente en el grupo poético *Poetas en El Retiro* divulgador de la poesía en la calle.

La búsqueda

El vendedor se atrevió a sentarse en el quicio de la puerta para descansar un rato de aquella clienta a la que, a pesar de su aspecto de señora de toda la vida, no dudó en adjudicar un título de aparejadora como mínimo. No es que le pareciera especialmente pesada, pero resultaba demasiado intensa en sus reflexiones como para lidiar con ella diez minutos más.

Se trataba de una mujer de mundo, de eso no cabía ninguna duda, parecía culta, muy atractiva, y no era de aquí. Sus maneras resultaban ajenas al pueblo, no sé cómo pudo llegar a mi bar habiendo otros más elegantes en otros lugares, reflexionó casi en voz alta, lo que llamó la atención de los parroquianos que miraban sin ningún pudor a la forastera. Ella siguió tomándose su licor sin apenas percatarse de los gestos que provocaba en la concurrencia masculina del local.

La apreciación del tendero y dueño del bar era lógica en una localidad pequeña en la que todo se mezcla, se confunde y magnifica, lo mismo venden zapatillas en una farmacia que vino en un centro parroquial. Inés desde la atalaya en la que discurría su vida, sus estudios de ingeniería le habían aportado la experiencia necesaria para saber cómo mezclar la argamasa de su vida con los materiales y cantidades precisas de cada cosa.

Se estaba desplazando de un sitio a otro, de su confortable casa en el centro de la ciudad más grande del país, hasta un pueblo pequeño situado en la Sierra de Cameros con el fin de encontrar esos productos con los que reconstruir una nueva vida.

Pero no sabía qué haría si los encontraba, tal vez el problema era que no sabía lo que necesitaba, quizá si empezase a buscar sentimientos, emociones, pasiones, en definitiva, algo que no fuera tangible y pesado como el cemento, sino sensaciones etéreas que forjasen su ser, a lo mejor así encontraría el sentido a su vida de profesional de prestigio. Era la mejor arquitecta técnica de su empresa, no había obra que se le escapara, ni cliente que no quedara satisfecho, tenía una familia adorable y muy convencional, un compañero de viaje que entendía sus horarios ingratos y sus noches en vela y luego estaba ese postre que le había regalado la vida.

Cada vez que pensaba en él se le erizaba el vello recordando situaciones divertidas y placenteras, pero sobre todo arriesgadas, tardes de sexo en alguna obra cuando desaparecían los operarios, hasta altas horas en la oficina si se marchaban y solo quedaban ellos, viajes juntos para visitar ciudades en las que tenían proyectos, toda una serie de encuentros clandestinos que dejaban gratos recuerdos en ambos.

La vida le gustaba tal y como era, nunca se planteó vivir con alguien que no fuera el padre de sus hijos, ni si él tenía también alguna aventura que complementar su relación, habían decidido tener una vida en común, se querían y ambos respetaban la independencia del otro por encima de sí mismos, todo resultaba correcto.

Entonces ¿Por qué a veces le daban ganas de salir corriendo hacia ninguna parte? En estas elucubraciones andaba Inés cuando el dueño de la tienda-bar se acercó viendo que tenía el vaso vacío y le preguntó: ¿Puedo ponerle algo más? Entonces fue cuando se dio cuenta de dónde estaba, de que era la única mujer en ese espacio y que había una decena de hombres pendientes de su decisión y totalmente ajenos a sus pensamientos.

Miró al hombre que la interpelaba y le dijo ¿Podría cenar aquí y de paso decirme si hay un sitio cercano donde pasar la noche? El camarero miró sobresaltado al resto del personal, preguntando con la mirada a la concurrencia y dando lugar a un debate que a Inés le resultó divertido. Parecía que en ese pueblo cualquier asunto era comunitario y todos opinaban al mismo tiempo sobre cuál sería el mejor sitio para alojar a la forastera.

En realidad, se resumían en la casa de "la Jacobi o el Molino de Poli", convertidos ambos en casas rurales. Aunque estaban fuera de temporada, lograrían dar con ellos y ella

podría pasar una noche tranquila en un pueblo por el que desde que llegó y por la ventana del local que daba a la carretera, sólo había visto pasar dos coches.

Por supuesto que podía cenar allí, tenía unas carrilleras sobrantes del mediodía que quitaban el hipo y además podría hacerle una ensalada para acompañar. A Inés le pareció un buen menú y mientras daba cuenta del condumio, los hombres allí congregados empezaron a dirigirse a ella con mucho respeto y admiración, de dónde venía, qué había venido a hacer allí, no tenía muchas ganas de conversación, pero le parecía una falta de educación no responder.

Les contó que era aparejadora o arquitecta técnica y les explicó en qué consistía su trabajo. Se comportaron como un gran grupo de amigos que se habían sentado a la mesa con un vino a socializar cómo si se conocieran desde la infancia.

Así se enteró de que querían remodelar las antiguas escuelas de don Simón y que necesitaban que alguien hiciera un proyecto para que la alcaldesa lo presentara al pleno y pedir las subvenciones necesarias a la Comunidad Riojana. Inés se interesó por el proyecto, era una lince para estas cosas y quiso conocer las escuelas rápidamente.

Durmió en el molino de Poli, un sitio tranquilo e ideal al lado del río y a las 9 de la mañana, después de un opíparo desayuno ya tenía concertada una cita con la alcaldesa para que le contara los pormenores. La idea era hacer un centro social que pudiera albergar actividades culturales, ya que no había suficientes niños en el pueblo para poder abrirlas.

Descubrió un espacio que tenía muchas posibilidades, en lo alto del pueblo dando a una plaza que también remodelarían guardando su estructura inicial, con unas vistas espectaculares de gran parte del Camero Viejo, le resultó tan interesante el trabajo y el reto de hacerlo con un presupuesto exiguo como suele pasar en los pueblos pequeños que no dudó.

Mientras comía en el único restaurante del pueblo, o sea donde cenó, empezó a ver en su cabeza cómo llevar a cabo esa remodelación, lo diría a la empresa, lo haría ella por su cuenta, o se lo diría a su compañero de placeres clandestinos para convertir ese pueblo en algo que sólo tuvieran en común ellos.

El pueblo era precioso, casas y calles de piedra, tranquilo, la gente encantadora. Mientras pensaba en qué hacer se acercó la alcaldesa para invitarla a cenar en su casa esa noche. Era una mujer de campo, pero no siempre vivió allí, emigró a Suiza unos años,

lo justo para poder trabajar, estudiar y hacerse una casa en ese pueblo del que se enamoró siendo niña y al que cuidó como si fuera suyo.

Según los vecinos, "el mejor alcalde" que habían conocido, tuvo un compañero que se cansó de vivir allí y regresó a la ciudad, se lo contaron los hombres. Ya anochecido se pasó por el bar después de toda la tarde haciendo planos y calculando materiales, grosores de paredes, dinteles de puertas, etc. y de camino a casa de la alcaldesa, le pidió al dueño el mejor vino que tuviera.

La casa era preciosa, quizá la más bonita del pueblo, tenía varios balcones, toda de piedra, los suelos eran de madera, no de tarima, de madera con unas lamas rústicas que daban a la casa el aire inconfundible de un hogar, visillos de crochet en todos los balcones hechos por las mujeres del pueblo, macetas pintadas a mano en cada rincón de la casa, una chimenea encendida que daba una luz ambiente ideal y una mesa dispuesta con todas las viandas lugareñas que se pudiera imaginar.

Y entonces lo supo, jamás se iría de ese pueblo, trabajaría desde allí, para ella o para otros, pero desde allí, le gustaría que su familia quisiera venir, pero tampoco era imprescindible, quizá él quisiera ir a visitarla de vez en cuando, pero podría prescindir también de sus caricias y sus besos, porque ahora sabía que estaría cómoda consigo misma y eso por ahora era suficiente y si no, Miriam la alcaldesa, supliría esas carencias con lo más preciado que tenemos las personas, la amistad.

@Pilar García Torres



Maripau González Bodeguero

He publicado, en febrero de 2021, el libro de relatos "Besos usados en hilera", y en diciembre de 2021 el poemario "Rumores de pleamar". Mi segundo poemario se titula Oleajes de Pleamar, editado en octubre de 2014.

Formo parte de los grupos Poetas en el Retiro, Poetas de Al-Mansura, Nosotras, mujeres y poetas, y otros. Organizo eventos como Poetas por la Paz, y Poetas de la Mar.

Mujer escultural

Pronto permitirán que reciba visitas. Los martes y jueves, de cuatro a seis, en el patio interior de un pabellón del Pere Mata, de salud mental.

Daniel había trabajado duro en su botijo de cerámica, hasta dar con una forma de trabajar la arcilla que, tras pasar por un horno especial que había mejorado con sus propias manos, consiguió emocionarle.

Animado por el efecto de la presentación de la obra, en la que tras poner agua por el orificio mayor, ésta se convirtió en una hilera de pañuelos anudados unos a otros, de variopintos colores, decidió concentrarse en su obra maestra, largamente soñada.

En primer lugar atacó la mole de arcilla, con la magia de sus manos amorosas, remarcando y delimitando las caderas y el vientre. Posteriormente le llevó días acertar con la forma, tamaño y textura de los pechos, para darse un respiro, al fin, antes de acometer el cincelado de la cabeza de esa mujer.

Cuando estuvo acabada, tras trabajar sin descanso por dos días, puso sus labios sobre los de la estatua yacente en una tarima improvisada con palets.

La cara de ella se le iluminó con una sonrisa amplia viendo sonreír a Daniel, quien se desabrochó la camisa y abrió hasta arriba la persiana del balconcillo de su estudio, para ofrecer su pecho al sol.

Sujetándose a la barandilla, con el pelo enmarañado, desafiando a dos palmeras y a la ley de la gravedad, le vieron dar saltitos, le escucharon reír como un loco, entrando y saliendo de un quinto piso, cada vez más agitado.

Cuando se puso a gritar repetidamente, - "la encontré, la encontré", el señor de bar de abajo llamó a la guardia urbana. Los policías le encontraron, tras forzar la puerta, a cuyas llamadas no atendió, acariciando sonriente a una mujer oscura, que dos agentes vestidos de azul juraron, en privado, haber visto estremecerse.

Dice la prensa que en el edificio llevan días escuchando sonidos en el ático que habitara un estudiante de tercero de Bellas Artes. Ese que debía tener insomnio.

En el barrio hay quien afirma que ven sombras en la noche. Unos dicen que de una mujer desnuda, y otros que de aves volando. En el bar de abajo nadie cree que sea otra cosa que el ulular del viento sobre la cortina de un balcón entreabierto.

Y es que otoño es una estación de desvaríos, la mayoría de los cuales, sin causa concreta y sin espacio en noticiario alguno.

Ingresado en el pabellón de agudos del Pere Mata, y aún sin permiso para visitas, Daniel imploraba que no le drogasen más, que por piedad cuidaran de su estatua de mujer de arcilla dorada. Rogaba que le dejaran que fuera a casa, a llevarle ropa y comida, y prometía regresar, pero Ana, la psiquiatra de guardia que le atendió, y que ahora le visitaba a diario, veía en la demanda de su joven paciente, un desesperado signo de alucinación. Ella achacaba su cuadro clínico, de creer viva una obra de arcilla, a un debut de esquizofrenia.

Al tercer día de su ingreso, en un destello de lucidez, propiciado por un vómito forzado con alevosía, Daniel tuvo la certeza de que si no cejaba en su versión de los hechos, jamás le dejarían regresar a su mundo, el que cobijaba a una Eva desnuda, seguramente hambrienta y por completo confusa sobre qué era.

Así que ese día, fingiendo un estado estuporoso pero lúcido, le dijo a su doctora que ahora sabía que fue un exceso de trabajo lo que le llevó a imaginar que su escultura estaba viva. Defendió que fueron las horas sin dormir lo que había provocado la locura de pensar que estaba viva. Ante la aparente mejoría, su pronóstico cambiaba a mejor, y auguraba un alta más temprana. Él la quería inmediata, más por Eva que por él.

En esos tres días, la mujer soñada había despertado con un cálido aliento en sus labios del primer momento, pero a los pocos minutos, siendo acariciada por unas manos tibias de un ser desconocido y que la despertó, se había ido. Dos seres más igual de extraños se lo habían llevado.

Una paloma había entrado en el estudio la primera tarde, por el balcón que quedó entreabierto, y ahora esa compañía, que no hablaba, y apenas la miraba, era su amiga. y charlaban en el idioma del ave. Desconocía cómo abrir la nevera, donde hubiera hallado huevos, leche y embutidos, y miraba insistentemente el picaporte de la puerta, sin saber

cómo abrir esa salida. Se había tapado con una tela blanda, calmando lo que llamamos frío. Vivía sin saber nombres ni usos de las cosas o sensaciones que la rodeaban. A ratos miraba el rectángulo por el que entraba la luz mucho tiempo, y por donde entraba y salía su amiga voladora, pero sólo se atrevía a salir de noche, por ver un techo precioso engalanado de diminutas luces.

Al cuarto día de su ingreso, Ana, habiendo pactado con Adela, la hermana de Daniel, que ésta se haría cargo de la medicación. Le dieron el alta. Anhelando llegar pronto a su estudio, Daniel prometía cuidarse.

Al abrir la puerta vio a una paloma deambulando, bien ufana, por el piso, pero Eva no estaba sobre el palet. Creyó morir de impaciencia y de temor cuando oyó algo similar a un gemido, que salía de su dormitorio.

Eva, encogida y tapada, se giró hacia él, alargando sus brazos, que Daniel fundió con los suyos en un abrazo cerrado y mudo.

Adela, bajo el quicio de la puerta, se desmayaba, tal cual larga era, pero Daniel se limitó a ponerla un cojín bajo la cabeza para volver al dormitorio, donde, sentado al lado de Eva, siguió acariciando la cumbre de un deseo aliñado con arcilla y amorosa magia.

La gente del barrio, que había elucubrado con las sombras y siluetas que veían desde la calle, poco a poco se acostumbró a que el loco artista se había echado novia.

Una mujer escultural.

@Maripau González Bodeguero

Nuestro agradecimiento a todos aquellos que se acercaron a nuestro proyecto "Tertulia abierta sobre la situación de la Narrativa Hispanoamericana en nuestros días" de la que surgió la página web que está a vuestra disposición en:

<https://tertulia-abierta-sobre-la-situacion-de-situacion-de-la-narrat.webnode.es>

De ella surgió la idea de continuar promocionando la Literatura en español y el concurso de narrativa "Nuevas voces" cuyos textos están aquí, en estas hojas plasmados y esta Fanzine cuya idea es que sea cuatrimestral, si nos da la vida para ello.

¡Bienvenidos a vuestra casa!

El equipo editorial.-



Dibujo realizado por María José Luque Fernández

Fanzine "Voces" Número 1.-

Editorial Feliciano González & María José Luque Fernández